

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

102

J-4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION



NUMERO
102

AÑO XI
SEGUNDA EPOCA
1951

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

Natalio Rivas: COSAS DE ANTAÑO

José María de Cossío: UN «TAURINO» DEL SIGLO XVII,
DON PEDRO DE CARDENAS Y ANGULO

Gérard Caillet: ¿QUE ES EL EXISTENCIALISMO?

HECHOS

ESPAÑA CONMEMORA EL V CENTENARIO DEL NACIMIEN-
TO DE ISABEL LA CATOLICA

UN NUEVO COLEGIO UNIVERSITARIO EN ZARAGOZA

GLOSA A DOS EXPOSICIONES DE ARTE

EN HUESCA SE INAUGURA UN INSTITUTO DE SEGUNDA
ENSEÑANZA

LA OBRA DEL ESPIRITU

EL MUSEO CERRALBO Y SU TESORO ARTISTICO

EL ARTE EN LOS JARDINES DE ESPAÑA

LA FIESTA DEL LIBRO

VENTANA AL MUNDO

HOMENAJE DE BOLIVIA A ESPAÑA

LAS PUBLICACIONES OFICIALES DE NORTEAMERICA
DONADAS AL C. S. DE I. C.

NOTAS DE LIBROS

Segunda vida, por Federico Sopena.

Versos, por Dulce María Loynaz, tercera edición.

Cinco minutos inolvidables, por Angel Sagardía.

El barroco, arte de la Contrarreforma en Cuartom, por Verner Weisbach.

El Padre Claret, por Pío Zavala.

Parques y jardines, por García Mercadal.

Peregrino de Levante, por Eduardo Aunós.—133 págs.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

LA Feria del Libro vuelve a traer al plano de la actualidad los problemas editoriales de España, a los que el Gobierno viene prestando una vigilante atención.

Con la Ley de 18 de diciembre de 1946, el Estado español ha instaurado las bases fundamentales de una admirable política bibliográfica. La necesidad de esta ordenación legal era bien notoria. Comprendiendo España su misión en lo universal como un problema del espíritu, no podía olvidarse que el instrumento de su expansión era la lengua. Mas teniendo en cuenta que como dijo un ilustre escritor español, "no es la lengua la que defiende el libro, sino el libro el que propaga y crea la lengua", es éste el que se manifiesta como el único medio difusor de la cultura.

Cuando los pueblos no tienen nuevos pensamientos que afirmar a los cuatro vientos del mundo, no sienten la preocupación de dotar a las empresas editoriales de la necesaria tutela. Pero, por fortuna, los españoles hemos hecho nuestra la frase evangélica según la cual no se ha hecho la luz para esconderla debajo del celemín.

En España, la Ley del Libro, ha venido por eso a proteger los intereses de las clases interesadas en la producción bibliográfica.

La existencia de un papel de edición protegida con un precio máximo como límite, ha permitido frenar la posibilidad del encarecimiento, que tanto riesgo podría encerrar para el desarrollo de nuestra expansión cultural.

En esta tarea, la obra del Instituto Nacional del Libro ha sido singularmente fecunda. En contacto con todos los libreros del mundo, el I. N. L. E. ha organizado un censo de cuatro mil autores españoles. Desde su creación, este Organismo mantiene y alienta, mediante premios a los autores y descuentos a los compradores, la Fiesta del Libro, que se celebra todos los años el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes. Asimismo, ha creado premios de elevada cuantía a los cincuenta libros mejor editados del año. Las Semanas del Libro, también organizadas por el I. N. L. E., centran la atención pública sobre las más eminentes figuras de nuestra literatura actual.

Un capítulo importante lo constituye, como decíamos al principio, la celebración de las Ferias Nacionales del Libro. Se realizan todos los años, organizadas por la Dirección General de Propaganda, en Madrid o en otras ciudades españolas. Concurren a la Feria nuestras editoriales oficiales y privadas, y las de algunos países extranjeros, como Portugal, Argentina, etc. Para la de este año, Francia ha ofrecido ya su cooperación.

Mantiene, además, el I. N. L. E. una Escuela de Librería por correspondencia, y sus publicaciones periódicas son: "Bibliografía Hispánica", "Fichas catalográficas" y el "Boletín de novedades", amén de sus catálogos de Ferias y Exposiciones, las "Guías Bibliográficas del Lector", entre las que se encuentran, como de publicación más reciente, las de libros del Lejano Oriente, libros del mar, libros de economía, libros de educación y libros militares.

Al margen de estas publicaciones, el I. N. L. E. ha dado a la estampa interesantes obras de carácter bibliográfico, tales como "Los Ensayos de Bibliografía Marítima", "Ensayos de Bibliografía de Arquitectura", los "Solaces bibliográficos", de Vindel; la "Unidad del idioma", de don Ramón Menéndez Pidal; los "Seu-

dónimos de la literatura contemporánea", y tantos otros más, cuyos títulos no podemos traer aquí por el pequeño espacio de que disponemos.

Cuenta, por último, el Instituto con un Departamento de Consultas bibliográficas y otros de Estadísticas de libros publicados, ya de autor español, o también de autor extranjero, traducido al castellano. "Bibliografía Hispánica" recoge todos los años más de cuatro mil consultas de esta índole.

Tal es la empresa realizada por un Organismo que el Estado ha puesto en pie para proteger y fomentar los intereses de todos aquellos que participan en la obra espiritual de difundir por el mundo esa expresión y eco de la vida intelectual de nuestra Patria, que es el libro español.



COSAS DE ANTAÑO

El Rey Alfonso XIII y Lerroux

PAGINAS DE MI ARCHIVO

Por NATALIO RIVAS

De la Real Academia de la Historia



LA entrevista que celebraron el Rey Alfonso XIII y Alejandro Lerroux en el bosque de El Pardo el 12 de noviembre de 1918, está todavía absolutamente inédita. No sólo no se ha publicado, sino que en aquellos días fueron escasísimas las personas que tuvieron noticia de ella, y, de las que vivimos aún, las que la conocieron se pueden contar con los dedos de una mano. Yo la supe por el propio Lerroux, que me la relató a las veinticuatro horas de haber tenido lugar. Era para él sustancial que quedara reservadísima porque la malicia humana, que pica algunas veces en los espíritus más nobles y generosos, podía infundir recelos en sus amigos políticos que acaso sospecharan acuerdos y connivencias entre el soberano y el caudillo radical.

A mí me lo confió porque nos vinculaba desde muy jóvenes una amistad tan íntima que casi rebasaba la fraternidad. Además, le interesaba que quedara consignada en mis Memorias.

Entre el monarca y Lerroux no había mediado relación alguna. Solamente dos años antes, en 1916, como tuviera una avería

el automóvil del jefe republicano en la carretera que conduce a La Granja, acertó a pasar el rey y, al ver un coche parado y que los ocupantes maniobraban para reparar un accidente, se detuvo, a pesar de haber visto a Lerroux, y preguntó si necesitaban algo. Alejandro se adelantó sombrero en mano y le dijo: «Señor, muchas gracias, no nos hace falta nada.»

Y vamos a la conferencia, que fué interesantísima.

En la noche del 11 de noviembre, que ya se sabía afirmativamente que había terminado la guerra europea con el armisticio que puso fin a la contienda, fuimos mi inolvidable y llorado amigo Santiago Alba y yo al Palace Hotel con objeto de cenar y hacer comentarios sobre tan importante acontecimiento.

Encontramos al llegar que todos los salones estaban plenos de concurrentes. Lo más distinguido de las colonias inglesa, norteamericana, francesa, belga y portuguesa estaba reunida y entregada al más franco y alborotado júbilo. Marchamos en busca de un rincón donde aposentarnos en el comedor y, antes de llegar, nos cruzamos con Lerroux, que, paladín entusiasta de la causa de los aliados, era objeto de los mayores rendimientos de gratitud. Al verme, me dijo en voz muy baja —yo oía entonces bien—: «Pasado mañana vé a verme porque he de comunicarte algo muy interesante y curioso.» Como no habló más, quedé sin suponer cuál sería el asunto de que había de hablarme. Y más me intrigó que me rogara que no dijese nada a Alba ni a nadie.

Estuve cuarenta y ocho horas con la imaginación en prensa, pero ni remotamente pude colegir nada. Deseaba que volara el tiempo.

Cumplido el plazo llegué a casa de Lerroux, y prefiero que hable él para darle más autenticidad a la narración, la cual es exacta porque la escribí apenas llegué a mi domicilio. Habló así: «Te vas a asombrar de lo que vas a oír, que solamente a ti te lo cuento, porque conviene que quede reservadísimo. Anteayer estaba yo en mi despacho al filo del mediodía y entró una de mis criadas, diciéndome: «Don Alejandro, el señor conde de Grove ha entrado en el jardín por la puerta que da a la cochera y de-

sea verle.» Creí que la muchacha se había puesto loca. No me cabía en la cabeza que dicho señor fuera a verme, no sólo por ser la persona de más confianza del rey, sino también porque siendo hombre tan religioso y yo laico, había de mirarme como a un réprobo. Insistió la fámula en que era el conde de Grove y, entonces, todavía desconfiando, marché a la cochera para cerciorarme de la verdad. Y, en efecto, allí estaba el conocido palatino. Le mostré mi extrañeza ante su visita y sobre todo le dije por qué no había entrado por la puerta principal. El me contestó que lo había hecho por no llamar la atención de los transeúntes, siendo como era privado el motivo que le llevaba a mi casa. Le rogué que me siguiese a través del jardín, y, una vez en mi despacho, le pedí que me manifestase el objeto de su visita. Nos sentamos y me habló en la siguiente forma: «Vengo por encargo de S. M. el rey, que me ha ordenado le diga que desea conversar detenidamente con usted, y ahora le indicaré la manera de celebrar la entrevista.» «Mucho me honra el jefe del Estado—le dije—con desear hablarme, pero usted comprenderá que este encuentro me puede comprometer seriamente. Si llegara a conocimiento del público, nadie creerá que yo tenga la loca pretensión de hacer republicano al monarca, pero sí pueden sospechar que él me lleve a la Monarquía.» «Puede usted tener la seguridad —me replicó— que esto quedará en el más absoluto secreto. Aquí traigo un plano de El Pardo —y mostrándomelo, añadió—: y en esta plazoleta, situada en medio del bosque —y la señalaba— estará S. M. mañana, a las doce del día, sin más acompañamiento que el chofer de más confianza. El rey esperará dentro de su automóvil. Están adoptadas todas las precauciones posibles para que nadie aparezca por aquellos lugares.» Temeroso de que creyera que yo rehuía el encontrarme con el rey, accedí y quedó concertado que acudiría puntualmente a la cita. En efecto, a la hora convenida llegué en mi automóvil al sitio designado y allí estaba el rey dentro de su auto. Me recibió muy afectuosamente dándome las dos manos: «Mucho le estimo que haya acudido a mi llamamiento. Ya me ha dicho Grove los escrúpulos que sintió usted para venir y me los



explico perfectamente. Todas las medidas están adoptadas para que ninguna persona nos vea; solamente algún cazador furtivo y audaz puede andar por el contorno, pero eso no dudará usted que es inevitable.» «Señor —le contesté yo—, he agradecido a V. M. haya tenido la bondad de querer escuchar mis opiniones, y por ello, y porque en acceder a sus deseos creo cumplir un deber, he aceptado su honrosa invitación. Comprendo bien el único riesgo de que seamos vistos, pero, si sucediera, yo sabré salir del apuro, que de otros muy difíciles he logrado quedar airoso.» Entré en su auto y dando vueltas por las avenidas del bosque estuvimos hora y media aproximadamente. Hablamos de todo cuanto podía afectar interés público. Me preguntó cuanto quiso y yo procuré contestarle lealmente, sin omitir nada y guardándole en todo momento los respetos debidos a su alta jerarquía de Jefe del Estado. Me escuchó amable y cortés; discutimos sobre muchos temas en los que nuestro criterio discrepaba, pero siempre dentro de los términos más cordiales. Tratamos de todos los problemas: financiero, internacional, Marruecos y cuestiones sociales y políticas. Todo fué examinado detenidamente. No te puedo detallar tan larga conversación, porque sería interminable el relato. La impresión que me ha quedado de tan interesante conferencia ha sido gratísima. Es hombre extremadamente simpático y atrayente, inteligentísimo y enterado de todo, aunque sin profundidad, y, al parecer, deseoso de acertar. Tuvo palabras muy agradables para mí, manifestándome, con lo que me hacía justicia, que yo era el único republicano que no le había injuriado personalmente, y que la reina, su madre, que sabía que nos habíamos de ver, le había dicho lo mismo. Al despedirme le dije, sintiéndolo con la mayor sinceridad, estas o parecidas palabras: «Señor, voy muy agradecido a las bondades de V. M., y le aseguro que así como atacaré sin tregua a la institución monárquica, para la persona del rey tendré siempre la mayor consideración y respeto.» Así terminó tan singular encuentro, y no puedo negar que si todos los españoles hablaran con él con alguna detención, serían muy raros sus enemigos personales.»

No volvimos a hablar Lerroux y yo de este asunto, que quedó



S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

en el más absoluto secreto. Ni él lo reveló a nadie ni yo tampoco.

Transcurrió el tiempo, y a los cuatro años, el 1922, el 17 de diciembre, pronunció un discurso en el salón columnario de la Lonja de Valencia, y en él, al tratar de los desgraciados sucesos de Annual en Marruecos, atacó al rey violentamente, haciéndole responsable de la catástrofe. Esa fué la versión que dieron los corresponsales de la prensa en los telegramas. Al leerlos me indigné. Recordé la promesa que espontáneamente hizo al rey y me pareció su conducta incorrecta y desleal. En aquellos días me acompañaba casi todas las noches en mi casa para jugar al tresillo mi inolvidable amigo Emilio Santaacruz, diputado a Cortes, radical, por el distrito de Castellón de la Plana, y, por consiguiente, correccionario de Lerroux. Al llegar en aquella velada le dije: «¿Va usted a ver mañana a Alejandro?», y como me contestara afirmativamente, le rogué que le manifestara de mi parte que el discurso de Valencia me había parecido muy mal. Como yo no le revelé el motivo de mi censura, tuvo la discreción de no preguntármelo. Debí cumplir mi encargo, porque a los pocos días recibí de Lerroux la siguiente carta autógrafa, que guardo en mi archivo:

«Madrid, 31-XII-22, a 11 noche.

Querido Natalio: al pasar de un año a otro te saludo, te abrazo, te quiero como siempre y te deseo con todos los de tu casa salud, paz y felicidad en el 23 y en los sucesivos. Me han dicho que no te gustó mi discurso de Valencia. ¡Qué lástima! Pues mira, me salió muy bonito. No puedo creer que no hayas conocido la necesidad de ese acto y la conveniencia de realizarlo, tanto para mí como para ti, es decir, para vosotros; no os he podido hacer mayor favor a los liberales que ponerme en condiciones de que me utilizéis un poco, como Sagasta a Ruiz Zorrilla, salvadas sean las distancias y sin desacato. No nos veremos quizá, porque yo salgo el 2 para Barcelona, donde se incuban nuevas vergüenzas para la Patria. Nos veremos a la vuelta. Adiós.—*Alejandro.*»

Regresó de su viaje, y seguidamente le visité. Como desde la juventud fuimos íntimos, sabía yo que su espíritu era noble y generoso, por lo cual me dolía doblemente lo que le atribuían los



periodistas. Le reconvine con severidad, porque el vínculo que nos unía me autorizaba para ello, y me contestó que los corresponsales no habían transmitido con fidelidad sus palabras. El lo que había dicho era que el rey carecía de fuerza para remediar nuestros males, lo cual excluía la intención de producirlos, y que en otro discurso que iba a pronunciar en Alicante procuraría que quedase bien claro, porque él no quería faltar al ofrecimiento espontáneo que había hecho al Monarca. Y, en efecto, lo cumplió, porque el 4 de febrero habló en el Teatro Principal, de Alicante, y afirmó terminantemente que el problema de Marrucos era superior a las facultades que la Constitución otorgaba al Rey, y para neutralizar este aspecto relativamente favorable pedía la abdicación, para someterse a un plebiscito. No me satisfizo del todo; pero al menos quedaba borrada la violenta acusación de responsabilidad personal que formuló en Valencia.

Había yo sido nombrado Presidente del Consejo de Instrucción Pública por el Gobierno que formara el Marqués de Alhucemas, después de pronunciado por Lerroux el discurso de Valencia, y como era costumbre, fuí a Palacio a dar las gracias al Rey por el nombramiento. Don Alfonso, al que debí atenciones que nunca se borrarán de mi gratitud, me trató como siempre, con el mayor cariño. La conversación, que fué detenida, tuvo un diálogo interesante, que surgió como consecuencia de unas palabras del Monarca. Este me dijo: «¿Estás satisfecho con el puesto que te han asignado?» «Señor —le contesté—, satisfechísimo, porque lo considero superior a mis méritos.» «Yo creía —me replicó— que habrías vuelto a ser Ministro en el Gobierno que acaba de constituirse.» «Señor —le dije—, no era posible. Como sabe V. M., yo pertenezco al partido que acaudilla Alba. Con ese título fuí Subsecretario de Instrucción Pública con el Ministerio Nacional y después representante —como Ministro del mismo departamento— de mi sector político en el que presidió Allendesalazar. Ahora era justo que otra persona representara a mi comunión política.» «Te decía que creí que lo serías en esta ocasión porque habrías podido prestar un señalado servicio.» «Señor, V. M. es muy bondadoso

conmigo al creer que podría ser tan útil como la benevolencia del Rey supone.» «Creo eso porque como este Gobierno se ha formado algo prematuramente, sin haberse suavizado de antemano las diferencias que separan a los grupos, tú, que eres amigo de todos, habrías podido ser, en algunos momentos, un aglutinante que evitase discordias. Tus amistades son tan generales, que hasta Lerroux es íntimo amigo tuyo.» Aprovechando esta indicación, le dije: «Ya que nombra V. M. a Lerroux, me permito decirle que el discurso que ha pronunciado en Valencia recientemente, en el que ha atacado personalmente a V. M., me ha parecido muy mal y así se lo he manifestado a él.» Yo no podía mostrarme enterado de la conversación que habían mantenido, y por eso añadí: «Como yo he escuchado a V. M. repetidas veces elogiar su talento y el respeto que ha guardado siempre a la persona del Rey, no he vacilado en censurárselo duramente.» «Pues mira, a mí no me ha ofendido el discurso; lo que sí me ha producido es extrañeza, y cuando salgas de aquí le vas a ver y decirle de mi parte lo que te he manifestado y, además, que soy tan radical como él, pero en español, muy en español.» Debo confesar que no me expliqué el sentido de estas palabras.

Salí de Palacio y marché a casa de Lerroux. Le transmití el recado del Rey, y me dijo: «Cuando le vuelvas a visitar, si te pregunta qué he contestado, le dices que cuando yo pedí la abdicación no me expliqué bien. Mi verdadero criterio es el que él debía convocar un plebiscito para que la nación expresara libremente si estaba conforme con que ocupe el trono, y que ante una postura tan gallarda, el pueblo español, que gusta de tales gestos, le otorgaría una gran mayoría, y entonces los que no somos monárquicos, pero sí respetuosos del voto popular, podríamos patrióticamente, sin abandonar nuestras ideas, gobernar con él. Porque ya no sería un Rey, hijo solamente del derecho patrimonial, sino un elegido por el país.» Yo le contesté que tenía que pensar detenidamente si podría o debía comunicar al Rey su respuesta.

Mis hombres de consulta eran, en materia política, Santiago Alba, por ser mi jefe y fraternal amigo, y Sánchez Guerra, que

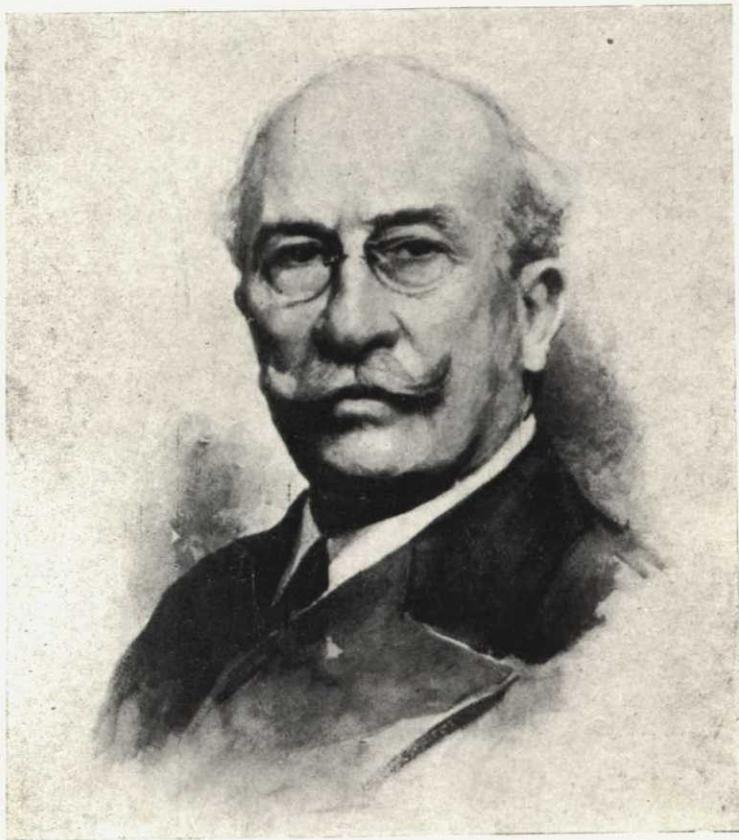


a pesar de que nunca fuimos correligionarios, me vinculaba con él una vieja e íntima amistad. Pregunté a los dos su parecer, y ambos rotundamente me aconsejaron que de ningún modo fuese portador de aquel mensaje, porque en el oído de los reyes tal solución suena muy mal. Yo dudaba, porque a la vez que comprendía que tenían razón, mi conciencia no me permitía engañar al Rey —al que siempre dije la verdad— si me preguntaba por la contestación de Alejandro. Dios quiso que no me volviera a hablar del asunto Don Alfonso, porque seguramente habría optado por no ocultarle nada, aunque ello le hubiera enojado.

Reflejo de la conversación de Lerroux con el Rey fué un episodio acontecido en Salamanca en la visita que los Reyes hicieron a dicha capital con motivo de las fiestas celebradas en honor de Santa Teresa de Jesús en los primeros días de octubre de 1922. Uno de los festejos fué el *lunch* que el Ayuntamiento ofreció a los Soberanos. En dicho acto, entre el Monarca y el Alcalde, señor Anaya, amigo político de Lerroux, tuvo lugar un diálogo muy interesante. Hablaron del discurso que recientemente había pronunciado en Las Palmas de Gran Canaria el caudillo radical, y el Rey dijo al Alcalde: «Lerroux está enterado y muy bien orientado en las cuestiones de política internacional. Tiene inmejorables condiciones de gobernante; no hay más que un paso, que no mermaría su prestigio.» «Si él se atreviera», expresó el Alcalde. «No precisamente en lo que usted piensa —contestó el Monarca—. Coincidimos en una cosa básica: nuestro amor a España. Animados por el mismo deseo, ¿qué puede separarnos en engrandecer la Patria? Por ella ha hecho Lerroux indudables sacrificios, y sus palabras son siempre dignas de su talento.»

Lo que acabo de escribir lo consignó don Fernando Soldevilla en el *Año Político* (tomo ... de 1922, página 316), de donde lo he copiado. Versión tan importante no fué desautorizada. De no haber sido cierta, el Gobierno se habría apresurado a desmentirla.

Yo la creo sin vacilar, no sólo porque me lo confirmaron algunos asistentes a la fiesta, sino porque concuerda con lo que es-



D. Alejandro Lerroux.

cuché varias veces al Rey y la satisfacción que habría experimentado viendo a Lerroux servir a la Monarquía.

El relato que acabo de terminar está consignado en uno de los cuadernos de mis Memorias. Lo escribí a las veinticuatro horas de oírlo a Lerroux, que lo encontró exacto y fielmente tomado.

Después, unos meses antes de morir, volví a hacer que lo leyera, y me dijo que en sus Memorias faltaban detalles por haberlos olvidado. La causa de ello consistió en que sus apuntes, que coincidían con los míos, se los habían quemado los rojos, y al rehacerlos ya no pudo realizarlos exactamente, porque le flaqueaba la memoria. Por eso en las Memorias que yo he leído después de su muerte faltan, en su encuentro con el Rey, algunos pormenores.



UN «TAURINO» DEL SIGLO XVII: DON PEDRO DE CARDENAS Y ANGULO

Por JOSE MARIA DE COSSIO

NO tiene la semblanza de don Pedro de Cárdenas y Angulo el picante novelesco que acompaña a las más de caballeros rejoneadores. Esta habilidad solía ser primor de bizarria, o más bien desahogo de ella, válvula del ánimo esforzado y levantisco. Pero esta válvula muchas veces no era suficiente y la fuerza del ánimo encontraba salidas menos buscadas e inofensivas que el lucir en un fogoso caballo o rejonear un bravo toro en una fiesta.

Don Pedro de Cárdenas y Angulo fué un cordobés grave, un caballero mesurado, amigo de las artes y de la poesía, bien hacendado y, a lo que puede colegirse, buen administrador de sus bienes que le permitieron una vida holgada y fácil, sin que la codicia o el juego la perturbaran. Por otra parte, las noticias que tenemos de su arte de rejoneador son escasas, si bien suficientes las que nos han llegado de su afición a los toros y de su destreza y conocimiento. En cambio, son más abundantes y precisas las que tenemos de sus aficiones literarias, y ellas nos han de dar los rasgos más atractivos y salientes de su fisonomía.

Fué don Pedro de Cárdenas y Angulo hijo del Veinticuatro de Córdoba don Pedro de Cárdenas y de doña Catalina de Angulo, habitantes en la collación de Santiago. No conocemos el año de su nacimiento, pero sí el de su muerte, que fué el de 1645, de suerte que hemos de situar su venida al mundo en el último tercio del siglo XVI.

Nada puedo decir de su infancia y juventud, salvo que su educación y enseñanzas debieron ser proporcionadas a la situación ventajosa que su padre y su apellido disfrutaban en Córdoba. En 1612, al celebrarse las honras fúnebres de la reina Doña Margarita de Austria, figuraban en el catafalco de la Catedral, en tarjetones con que se adornaba e ilustraba, dos sonetos de don Pedro, alternando con otros versos de Góngora, de don Antonio de Paredes, de Vaca de Alfaro y de otros poetas de renombre.

En 1617 se celebró un certamen en honor de la Concepción, en la parroquia de San Andrés. Fué Vaca de Alfaro su promotor, y en él leyó don Pedro para inaugurarle una glosa a la siguiente conceptuosa redondilla :

*El que os concede a Vos
privilegio, Virgen pura,
como Hijo le asegura
quien le libró como Dios.*

Aun había de escribir más versos, y en prosa registran las bibliografías cordobesas más obras, de las que había de ver impresa tan sólo su *Vida y muerte de Francisco de Santa Anna, Hermano Mayor de los Ermitaños de la Albayda en la Sierra de Córdoba* (1621). Bien parece este homenaje a la santidad refugiada en las ásperas breñas de la sierra, presente siempre a la vista de los cordobeses, y que como un eco de este fervor de don Pedro había de cantar un poeta cordobés del siglo XIX en versos más celebrados que meritorios.

Entre sus obras perdidas, pero de las que se llegó a ver el manuscrito, es sensible la desaparición de un códice con sus poe-



sías, que, según testimonio del Dr. Vaca de Alfaro, paraba en la librería del licenciado Andrés Jacinto del Aguila.

De los pocos documentos referentes a nuestro don Pedro que se han publicado, es el más importante para su biografía la certificación del acta de su matrimonio con doña Catalina Venegas, celebrado en 1608. Desconocemos, pues, toda la actividad poética de don Pedro en su juventud, pues los primeros versos de que hay noticia son de cuatro años después de su matrimonio.

Estos datos que voy comunicando son los menos expresivos de su semblanza. En su aspecto literario lo más importante es la amistad que le unió a don Luis de Góngora y la adscripción a su grupo, denodado defensor de la manera poética del gran don Luis.

De 1611 es una décima que dirige Góngora a nuestro don Pedro, «de un caballo que le mató un toro». La metáfora contenida en los cuatro primeros versos tiene derecho a aspirar al premio de la bizarría y audacia, entre las más audaces del gran poeta cordobés. Los versos que siguen, medio mitológicos medio siderales, son muy característicos del poeta, pero en la metáfora citada toca la más alta cima del ingenio poético, y ella sola puede presentarse como resumen de las virtudes literarias de Góngora. Llamábase el caballo *Frontalete*, y la décima es la siguiente:

*Murió Frontalete, y hallo
que el cuerno, menos violento,
le sacará sangre al viento,
pues mató vuestro caballo.
Hipérbole es recelallo,
mas yo, Don Pedro, recelo
(después que no pisa el suelo
vuestro Flegronte español)
que a los caballos del Sol
matará el toro del cielo.*

Esta décima, que nos descubre la amistad que ya por esta fecha unía a los dos cordobeses, es el primer testimonio que po-

seemos de la afición a los toros de don Pedro. Y afición activa, no meramente de espectador o entusiasta.

Pero una muestra aun más impresionante tenemos de la situación que en el círculo de amigos de Góngora ocupaba Cárdenas y Angulo. Es sabido que hacia 1612 empezaron a circular copias de los dos máximos poemas de Góngora, los que habían de acarrear una verdadera guerra literaria y ser piedra de escándalo u ocasión de adhesiones incondicionales entre los poetas y aficionados a la poesía en España. Me refiero al «Polifemo» y las «Soledades». Góngora, muy seguro de la ruta emprendida, quiso enviarles, para que les conociera y juzgara, al gran humanista Pedro de Valencia, y la persona diputada por don Luis para la honrosa misión de presentárseles fué precisamente nuestro don Pedro de Cárdenas y Angulo. Dos versiones conocemos de la carta con que el gran humanista contesta a la demanda, idénticas en lo esencial aunque con alguna variante verbal. En una y otra se hace de nuestro don Pedro el condigno elogio. Así dice la primera: «Cuando fuera grande culpa y tan acrecentada con réditos, como V.m. la representa, bastaba la confesión tan humilde y tan encarecida para entera paga y satisfacción; cuanto más que con otras mil mercedes que me hace en su carta, favoreciéndome y honrándome con palabras y con manifestación de la voluntad, dándome a conocer al señor don Pedro de Cárdenas, comunicándome el papel de las *Soledades* y concediéndome y pidiéndome el juicio dél y del *Polifemo*...» Y en la segunda versión de esta carta se dice al mismo fin: «Las partidas grandísimas con que V.m. me obliga de nuevo, demás del testimonio de su loor con que me honra y engrandece, son: el haberme dado a conocer al Sr. Don Pedro de Cárdenas...»

De 1614 es un soneto de Góngora «A Don Pedro de Cárdenas, en un encierro de toros». Nuevamente es la afición taurina de don Pedro lo que mueve la musa, en este caso picaña e ingeniosa, de don Luis. Chacón, en su conocido manuscrito de poesías gongorinas, explica que «Zagab» era el nombre del caballo de don Pedro, y que «fué Alcalde de Corte Don Pedro Bravo de Sotomayor,

y Presidente de Castilla, Don Pedro Manso.» El soneto, verdaderamente feliz, es así :

*Sali, señor Don Pedro, esta mañana
a veer un toro que en un Nacimiento
con mi mula, estuviera más contento
que alborotando a Córdoba la llana.*

*Romper la tierra he visto en su avesana
mis próximos, con paso menos lento
que él se entró en la ciudad, tan sin aliento
y aun más, que me dexó en la barbacana.*

*No desherréis vuestro Zagal, que un clavo
no ha de valer la causa, si no miente
quien de la cuerda apela para el rabo;*

*perdonadme el hablar tan cortesmente
de quien, ya que no alcalde por lo Bravo,
podrá ser, por lo Manso, presidente.*

En 1615 se encontraba don Pedro en Granada, y hasta allí le va a buscar el recuerdo del gran poeta en un cultísimo soneto, que debió de llenar de satisfacción a nuestro amigo. De la mano iban a buscarle el afecto de don Luis y el más culto y encrespado verso, del que tanto gustaba.

*Hojas de inciertos chopos el nevado
cabello, oirá el Genil tu dulce avena,
sin invidiar al Dauro en poca arena
mucho oro de sus piedras mal limado;*

*y del leño vocal solicitado,
perdonará, no el mármol a su vena
ocioso, mas la siempre orilla amena
canoro ceñirá muro animado.*

*Camina, pue, oh tú Amphión segundo.
si culto no, renovador suave
aun de los moradores del profundo;*

*que el Betis hoy, que en menos gruta cabe,
urna suya los términos del mundo
lagrimosos hará en tu ausencia grave.*

Sin duda que es hiperbólico el soneto, en lo que a la admiración y estima del poeta atañe, pero no tiene duda de que Góngora tenía en mucho el juicio y saber de don Pedro en cuestiones de poesía, y así lo prueba el que, encontrándose en Madrid, escribe a Córdoba a don Francisco del Corral y le dice: «Haciendo estoy copiar tres o cuatro borriones que he hecho estos días: razonables, porque, como se ayune, está más expedito. Remitirélos a V.m. para que los comunique a el Sor. Don Pedro de Cárdenas, cuyas manos beso.»

Este afecto y devoción del gran poeta era correspondido por don Pedro, que guardaba todos los traslados que podía haber a mano de los versos de don Luis, hasta tal punto que de ellos se formó la primera colección impresa de Góngora, la publicada por López de Vicuña (1527). He aquí lo que confiesa este colector en el prólogo de su edición: «Veinte años ha que comencé a recopilar las obras de nuestro poeta, primero en el mundo. Nunca guardó original de ellas; cuidado costó harto hallarlas, y comunicárselo que de nuevo las trabajaba; pues cuando las poníamos en sus manos apenas las conocía; tales llegaban después de haber corrido por muchas copias. Archivo fué de ellas la librería de don Pedro de Cárdenas y Angulo, caballero de la Orden de Santiago; Veinte y cuatro y natural de Córdoba. De allí han salido muchos traslados.»

Otro poeta del círculo de Góngora, con quien Cárdenas y Angulo tuvo íntima relación, es el capitán extremeño don Antonio de Paredes, residente en Córdoba, entusiasta asimismo de don Luis y a quien muchos han supuesto cordobés. Murió muy joven en Toledo, yendo camino de Madrid a que se reconociesen las pruebas del hábito de San Juan de Malta que iba a tomar. Al morir recogieron sus poesías, que se publicaron póstumamente en 1622, y el licenciado Andrés Jacinto de Aguilar, que se encargó de esta piadosa edición, se creyó en el caso de dedicársela a nuestro don Pedro con estas notables palabras, entre otras: «Si podemos por conjeturas interpretar la voluntad de los difuntos, la de don Antonio de Paredes fué, que estas obras se dirigiesen a V.m. por la

amistad que le debió.» En varias de sus poesías recuerda Paredes a su amigo, y a él está dirigida una epístola en tercetos con el segundo verso heptasilábico, combinación no usual, pero no ingrata. Su materia es de lamentos amorosos, pero en su principio, al dirigirse a nuestro don Pedro hace una curiosa confesión, que solo a un correigionario en poesía podía dirigirse: la de su temor de no acertar con el estilo culto que entrambos profesaban.

*Temió mi pluma, y bien, temió al desnudo
de toda policía
estilo, al fin como entre montes rudo.*

En un romance «describe una heredad de don Pedro de Cárdenas y Angulo, que está en el término de las Posadas». No es propiamente una descripción, sino un halago al huésped amigo y generoso que le alojara en su finca. Por otra parte, la finca no debía tener amenidad de parques, ni gloria de jardines, y tan sólo la alusión a su pródigo rendimiento de trigo es dato claro de la llamada descripción. Elogia rendidamente a Clorinda, que hemos de suponer fuera la esposa de don Pedro:

*Su deidad, digo Clorinda,
a cuya hermosura deben
lo ilustre de sus oscuros,
lo claro de sus vergeles.*

*Y a cuyo florioso nombre
se consagró humildemente
este término, en que parte
ambiciosa ocupa Ceres;
confesando cada grano
de cuantos en él se vierten,
la influencia de sus rayos
en la copia de las mieses.*

En verso de endechas dedica un romance a una niña, hija de don Pedro. La simpática ternura de este homenaje justifica la emoción con que nuestro don Pedro correspondió en una ambiciosa elegía que abre el volumen. Es la única muestra que conozco de

su astro, y sin duda fué retórico de estrechas exigencias, y temió como el poeta a quien llora, el estilo desnudo de toda policia. Su dolor pide la compañía de la noche, como era de rigor:

*Triunfe la noche; triunfe vencedora;
y opaca ya la siempre luz serena,
vista luto de nubes el Aurora;*

y su resignación y su esperanza ultraterrena tienen bella expresión en estos tercetos:

*Cambiaste al fin el trato belicoso
por el suave, si encendido, fuego
que abrasa el pecho al Serafín hermoso;
donde, sin mendigar del cauto Griego
el difícil carácter, que aprendiste,
para nada será el discurso ciego.*

*Verás allí la causa, en quien consiste
el renovar la verde primavera
la verde pompa, que a las plantas viste.*

*Verás la Providencia nunca ociosa,
el puro amor en el origen puro,
y la justicia misericordiosa....*

y todo lo demás que sigue.

En 1624, Felipe IV visita los estados del Marqués del Carpio. Este quiere agasjarle como correspondía a la grandeza del huésped, y comisiona a nuestro don Pedro para que prepare una fiesta de toros y cañas digna de la ocasión. Existen relaciones circunstanciadas de este acontecimiento, que lo fué para la ciudad. En la *Relación* que se imprimió en Córdoba, y ordenó y redactó el licenciado Juan Páez de Valenzuela, se lee: «Tras este correo de aviso partió de Madrid Don Pedro de Cárdenas y Angulo, de la Orden de Santiago, Caballerizo de su Magestad y Veinticuatro de Córdoba (cuya prudencia, gallardo entendimiento y acertada elección mereció la comisión de este cuidado) con cartas del Marqués para que entre los caballeros amigos y deudos, que su Señoría tiene en esta ciudad previniese fiestas de toros y cañas, que

su Magestad viese en el Carpio, y que con eso, dispusiesen para el día que llegasen». Por otra relación sabemos que las fiestas tuvieron lugar tan sólo en parte. En efecto, es una relación impresa en Sevilla, y muy detallada en lo que se refiere a personas y festejos. En el Carpio se celebraron unas costosas fiestas de cañas, en las que los caballeros cordobeses, repartidos en seis cuadrillas, lucieron su tradicional maestría y prestancia en el arte de montar a caballo. Por la noche celebraron una lucidísima máscara en Córdoba, y al día siguiente estaba dispuesta la fiesta de toros en el Carpio. Se habían prevenido «por remate de unas cañas, doce valientes toros que pudieran alegrar la plaza, si la cristiana piedad de nuestro gran Monarca no tuviera por inconveniente dejarlos lidiar en Cuaresma, cuando es más tiempo de ayunos y penitencias, que de semejantes entretenimientos: y así, por gusto de Su Magestad se suspendió lo uno y lo otro, aunque con algún sentimiento de las cuadrillas que en los vistosos colores quisieran dar muestras de su contento.» No es difícil suponer que entre los descontentos estaría nuestro don Pedro, que con tanta diligencia había preparado el festejo.

El interés de la figura de don Pedro en el terreno taurino, es, a mi entender, grande por representar un tipo de practicante del toreo nada ruidoso, nada espectacular, discreto en la Corte donde su figura social tendría el relieve debido a su hábito de Santiago, a su puesto de Caballerizo del Rey, y a su discrección y aureola de hombre de letras. Como advertí, su semblanza no tiene rasgos pintorescos ni lances novelescos. Pero en la biografía literaria, a pesar de mostrársenos tan desnudo de ellos, las cavilaciones de los críticos e investigadores han estado a punto de hacer de él una figura legendaria.

Fué Gallardo quien creyó ver en don Pedro atisbos e indicios de ser el *Cardenio* de la aventura de Sierra Morena del *Quijote*. Añádase a esto la creencia que sostuvo el erudito bibliógrafo cordobés Ramírez de Arellano, de que Góngora estuvo enamorado de una hermana de don Pedro, y que después de casada intentó raptarla, en unión de otro caballero pariente de don Luis,

y acaso de don Pedro, llamado don Pedro de Angulo, con cuchilladas, heridas y toda suerte de elementos melodramáticos. Ello hizo que el erudito cordobés pensara en que el marido de la hermana de don Pedro fuera el *Cardenio*, ya que no podía serlo el propio Góngora, como en un momento sospechara. No resisten la crítica estos supuestos. Las cuchilladas de don Luis y su pariente fueron ciertas, pero no la causa que se las atribuyó.

Una última aclaración debo hacer antes de poner punto a esta semblanza. Yo padecí el error de confundir a nuestro don Pedro con el don Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, autor de un tratado de torear. No parecen la misma persona, y el citado Rodríguez de Arellano les menciona como distintos. Imposibilidad cronológica no había en la identificación, ya que el tratado de don Pedro Jacinto se publica póstumamente por don Gregorio de Tapia y Salcedo. Lo que a mí me decide a considerarles personas diferentes es que en la portada consta el don Pedro Jacinto como caballero de Alcántara, en tanto nuestro don Pedro lo era de Santiago. Además, en ninguno de los textos que he utilizado lleva el segundo nombre, o más probablemente apellido, de Jacinto. Conste como reconocido mi error, y considérese esta semblanza como desagravio a don Pedro y a la verdad.



¿QUÉ ES EL EXISTENCIALISMO?

P o r G E R A R D C A I L L E T

SI le dicen a usted a quemarropa: «Deme en una frase una definición clara del existencialismo», podrá siempre responder: «Es una actitud filosófica para la cual la existencia pasa antes que la esencia.» Pero no creo que su interlocutor quede satisfecho.

Examinemos, pues, ahora seriamente lo que es el existencialismo.

Y en primer lugar lo que no es.

El origen de la confusión entre Saint Germain des Près y Jean Paul Sartre es doble: geográfico e histórico. Geográfico: Sartre vive en Saint Germain des Près; histórico: cuando se inauguró el primero y más célebre de los sótanos («caves»), una pandilla de agitados declaró ser existencialistas; una revista publicó la declaración y con ello bastó para que quedara bien pegada la etiqueta. Luego que Sartre, hayo o no favorecido tal equívoco, eso es otra cuestión.

«Pero, dirá alguien, ¿y los héroes de Sartre? ¡Son personajes

auténticos de Saint Germain! Y el vocabulario de Sartre, lo glauco, lo viscoso, ¿lo va usted absolver de todo eso?»

No se trata de absolverlo, sino de comprenderlo.

La familia existencialista

Segunda observación: Sartre no es todo el existencialismo.

«Oficialmente», el existencialismo se remonta a Kierkegaard: es decir, a mediados del siglo XIX; en camino se encuentran los nombres de los filósofos alemanes contemporáneos Heidegger, Jaspers; el del ruso Nicolás Berdiaeff (muerto hará pronto tres años); el de Gabriel Marcel, cuyo existencialismo no se separa del cristianismo y que no pierde una ocasión de atacar la doctrina de Sartre. Naturalmente, la noción de existencialismo es lo suficientemente amplia para que pueda incluir también a Nietzsche y a Unamuno; pero es que también dicen: Racine y Pascal..., y, en los límites, todos los novelistas y dramaturgos.

La existencia pasa antes que la esencia. ¿Qué significa eso? Que no hay naturaleza humana. No hay modelo ideal, como el que se encuentra en Platón; no hay un molde prefigurado en el cual el hombre —usted y yo y todos— se fundiría con todas sus virtudes catalogadas, sus defectos y sus aptitudes. Tampoco, por consiguiente, una regla cualquiera de explicación ya hecha. Si queremos comprender tenemos que interrogarnos —e interrogarnos sobre lo que existe—. Lo que para mí existe, soy ante todo yo; y yo solo. Esta doctrina que se presenta como revolucionaria, empieza, pues, con la misma observación que Descartes: pienso, luego existo. Se ha podido hablar con razón, a ese respecto, de subjetivismo.

El subjetivismo, como es sabido, tropieza con una dificultad clásica: encerrados dentro de nosotros mismos, ¿cómo lograríamos salir? Descartes dobla la gran vuelta y recurre a Dios. Sartre, filósofo, ateo, tendrá que seguir otros caminos para alcanzar el mundo de los objetos y la sociedad de *los demás*.

Lo absurdo, la náusea y la mala fe

Porque lo que existe ante nosotros es, en primer lugar, el mundo de las cosas.

Nos es radicalmente extraño. Se nos presenta como una superabundancia, como un inexplicable rebosar; el magnífico encadenamiento de las causas, tan acariciado por los filósofos de la necesidad, no tiene lugar allí; es un aplastante caleidoscopio, es el mundo de lo gratuito, de la contingencia, de lo absurdo. «Esta raíz —exclama Antoine Roquentin en *La Náusea*— nada había en cuya comparación no fuera ella absurda... Absurdo: en relación con los guijarros, con las matas de hierba amarilla, con el barro seco... Pero ante esa raíz rugosa ni la ignorancia ni el saber tenían importancia alguna; el mundo de las explicaciones y de las razones no es el de la existencia... Esta raíz, por el contrario, existía en la medida en que yo no podía explicarla... Por más que yo me decía y volvía a decir: «Es una raíz», no había nada que hacer.» Reconocemos aquí un mundo como el que Camus describió en *L'Etranger* (El «Extranjero», la palabra es significativa). Pero mientras Camus hace que la dignidad del hombre consista en aceptar lo absurdo, todo el esfuerzo de Sartre puede, por el contrario, resumirse como una continua tentativa de «arrancamiento».

Porque lo absurdo, la medida colmada, no sólo es la medida de las cosas; es también la amenaza que gravita sobre el hombre. Nada se da; por consiguiente, si el hombre no suscita nada, no habrá nada. Es decir, el hombre que no obre —y veremos luego lo que significa obrar— no será más que una pasta..., algo como una cosa.

Esa es la perspectiva que provoca en él la famosa náusea.

El hombre, naturalmente, puede contentarse con disimular su impotencia para obrar bajo pretextos inventados; bástale con adoptar las conductas de «mala fe»; es a los que suelen usar de la mala fe a quienes Sartre estigmatiza —según las circunstancias— de «cobardes» o de espiritualmente sucios. Esa incapacidad de obrar

auténticamente puede llegar muy lejos, como lo demuestra el famoso ejemplo del camarero de café que cree obrar porque *realiza* los gestos del camarero de café, pero que con tanta sumisión se adapta a su papel que, finalmente, ya no es más que un camarero de café —exactamente como esta mesa es una mesa o este tintero un tintero—.

Pero, ¿puedese obrar? ¿Y cómo?

Angustia y libertad

La necesidad de obrar es lo que provoca en nosotros la «angustia». Y puede decirse casi que la angustia es el envés de la náusea; pero, al mismo tiempo, es un indicio de que la *acción* es posible.

La acción es el ejercicio de mi libertad. Volvamos a considerar el ejemplo del mozo de café y supongamos que ese individuo sea yo: mi libertad es mi negativa, a cada instante, a dejarme embarrar en mi personaje; mi libertad consiste en cumplir con mi tarea en la terraza o en el salón sin «representar» nunca un camarero. Mi libertad, como se ve, es inmensa y exigua como una grietecilla. Inmensa, porque no conoce límite ante su poder; exigua como una grietecilla, porque cuanto hay de inerte en mí y en el mundo va contra ella para impedir que nazca en lo más íntimo de mí, y puede ser que vea yo transcurrir mi vida entera sin haber usado de ella una sola vez.

La doctrina de Sartre desemboca en una moral.

Porque el ejercicio de mi libertad es, sencillamente, el «alisticamiento» («engagement»).

¿Según qué reglas, en qué camino ejercer ahora esa libertad, o en qué tropas alistarse? Preguntarse eso seriamente sería demostrar que no se ha comprendido nada del pensamiento de Sartre. Es lo que ocurrió con un excelente filósofo en una discusión que, hará cosa de unos años, tuvo lugar después de una conferencia de Sartre:

«—¿Por qué —dijo— no trazará el existencialismo unas líneas

de conducta? En 1945 tiene que decir si es preciso afiliarse al partido socialista, al comunista, o a otro cualquiera...»

Sartre contestó citando el ejemplo de un muchacho que había venido a verle para dilucidar un caso de conciencia y concluyó:

—Prácticamente, habría podido darle un consejo; pero ya que buscaba la libertad, quise dejarle decidir.

Esa primacía de la libertad es lo que dará un carácter tan especial a la moral de Sartre —esa moral que aun no se ha escrito, pero que ha sido iniciada ya por el estudio sobre Jean Genêt. Genêt no es más que un pretexto —Sartre había estado a punto de escoger Dostoievski— para intentar demostrarnos que no existe ni bien ni mal en sí, pero que una atención orientada constantemente puede «asumir» y modificar una situación particularmente desfavorable: ¡triumfo de la libertad!

La obra filosófica de Sartre no está concluída. Es difícil juzgarla. Indiquemos simplemente que la dificultad se halla en el paso del «yo» a los objetos y a los demás. Y que el autor se deja llevar, a menudo, por el vértigo de la dialéctica.



HECHOS

ESPAÑA CONMEMORA EL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ISABEL LA CATOLICA

EL día 22 de abril, fecha en que se cumplieron los quinientos años del nacimiento de Isabel la Católica, comenzaron los actos oficiales conmemorativos del V centenario de los Reyes Católicos, con un discurso que pronunció el ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, en el Colegio de Aragón, de Zaragoza.

Discurso de Don José Ibáñez Martín

El ministro de Educación Nacional inició sus palabras evocando el 22 de abril de 1451, efemérides singular en la que vino al mundo la reina Isabel de Castilla, en recuerdo de la cual se iniciaron, en Zaragoza, los actos centenarios dedicados a los Reyes Católicos. Definió como luminosas e imperecederas las dos realidades que aletean sobre la obra completa de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón: la pasión cristiana y la pasión española. Ambos sentimientos unificados tienen especial relieve en Zaragoza, corazón de la tierra aragonesa y sede gloriosa de la Virgen del

Pilar, Patrona de la Hispanidad, bajo cuya protección tantos hechos heroicos se han realizado. Evocar la unidad —siguió el ministro de Educación—, razonar la unidad y sentir su supervivencia es la meditación más importante que se puede hacer en el aniversario conmemorado.

La unidad política

El señor Ibáñez Martín trazó luego una brillante síntesis del maravilloso proceso político que se extiende desde 1474 a 1516, privilegiado trozo de nuestra historia, en el que, por un puro milagro de la ayuda de Dios y del buen hacer político de los católicos reyes, España alcanzó la urdimbre armoniosa y sólida de su unidad de destino. Tras una vibrante estampa de la decadencia encarnada en los últimos Trastamaras, aludió a la deserción del poder de que hizo gala el gobierno del antecesor de Isabel, su hermano Enrique IV. En contraste con esta renuncia del Rey Impotente, Isabel y Fernando encarnan la plena dignidad del mando. Dignidad de un poder que no se abandona, porque se siente misionero de un ideal mayor y que, a la larga, trae la alegría compensadora de la adhesión del pueblo a sus jefes. También destacó el señor Ibáñez Martín el agudo sentido de justicia que caracterizó las grandiosas empresas colectivas conducidas por Isabel y Fernando, y resaltó de modo particular la protección de los Reyes Católicos a sus vasallos débiles contra los abusos de los poderosos, preocupación que continúa palpitando en el testamento de Isabel.

El ministro de Educación Nacional describió seguidamente aquella amorosa laboriosidad con la que los Reyes Católicos trocaron el caos de la discordia en el prodigio simultáneo de la unidad de las tierras de España y de la creación de su Estado. Al par que sus preocupaciones bélicas y diplomáticas, el ansia de los Reyes se encaminó a forjar una arquitectura política unitaria como instrumento de la misión que Dios confiaba a la colectividad española. Recorrió, en rápida síntesis, las principales manifestaciones de política interior, consumadas por el genio de los Reyes y resaltó el

cuidado singular que Isabel y Fernando pusieron en la elección de sus colaboradores, «magnífico ejército de obreros de la unidad española». Lección política —añadió el señor Ibáñez Martín— que permitió la solidez y proyección ulterior de su espléndida obra de gobierno. A todo ello se añadió el ejemplo de una dedicación integral de los Monarcas a su oficio de gobernantes, como ejemplo de su entrega al servicio de España.

Seguidamente aludió el ministro a las empresas cimeras de trascendencia internacional llevadas a cabo por los fundadores de nuestra unidad. Cual un mandato eterno —afirmó el orador—, vibra, con perenne vigencia, en el testamento de Isabel, que las tierras del Nuevo Mundo, que un día inventara Cristóbal Colón con aliento, naves, dinero y fe españoles —para dejar indeleble en la Historia la impronta netamente hispánica del descubrimiento— fueran ancho surco para la fecunda siembra de la fe católica. Además, sus mandatos sobre Gibraltar y Africa, como permanente vocación de España, y una maravillosa diplomacia de enlaces matrimoniales que colocó a nuestra Patria en situación privilegiada para realizar sus trascendentes empresas universales, definen la grandeza de su política exterior.

El señor Ibáñez Martín culminó esta parte de su disertación con estas brillantes palabras :

«Reclamo, de una vez para siempre, la unidad indisoluble de su recuerdo ante la Historia. El «tanto monta» debe ser la mejor consigna de la unidad. A tremenda blasfemia nos sonó en todo instante el prurito miope de quienes con mediocre sentido de la Historia, corto vuelo del espíritu y tremendo desacato a la verdad, arrojaron sobre la figura de uno u otro de los fundadores de España el exclusivismo de la preferencia o del apasionamiento. En un momento de plenitud histórica como el que vivimos, bajo la energía vigilante de Franco, nos cumple dejar bien sentado, en los albores de este centenario, cuando, en feliz coyunda, se rinde en Zaragoza el homenaje debido a la inconmensurable figura de la Reina Católica, que Fernando e Isabel e Isabel y Fernando serán siempre para los españoles una misma gloria de calidades idénti-

cas y de pareja grandeza, a la que no puede manchar, disminuir ni rozar siquiera cualquier torpe intento de disolución o de parcialidad apasionada. Lo que Dios unió en la tierra, lo que consagró la Historia y el destino de España bendijo no debe ser jamás mancillado por las petulantes y mezquinas especulaciones de unos pobres insensatos.» (Una gran ovación interrumpió las últimas palabras del orador. El público prosiguió los aplausos durante largo rato.)

La unidad religiosa

Seguidamente, el ministro de Educación Nacional analizó magistralmente los problemas de la interpretación católica de la función del Estado a la luz de la moderna doctrina pontificia y sobre el ejemplo admirable de la obra política de los Reyes Católicos. Con dicho enfoque cobra renovado prestigio aquel programa de unidad religiosa que caracteriza el reinado de los Reyes Católicos. Sus decisiones a este respecto —«las únicas decisiones que, al decir de Menéndez y Pelayo, podían tomarse en cumplimiento de una ley histórica»— acreditaron la unidad de creencia como base imprescindible de la unidad nacional, Fernando e Isabel procuraron, además, con su mejor ahinco, la depuración de las costumbres, la reforma moral de la vida y la purificación del espíritu cristiano en todos los ambientes sociales y especialmente en los medios eclesiásticos, sabia medida que evitó en nuestra Patria la Reforma y las luchas que siguieron en otros países de Europa al nacimiento del protestantismo.

El señor Ibáñez Martín dedicó más tarde un encendido canto a las virtudes personales de la reina Isabel, cuya vida ejemplar trazó con emocionadas palabras, para terminar diciendo:

«Quiera Dios, señores, enaltecer con el honor supremo de sus santos a esta reina inigualable. España tendría una aureola más sobre las sienes de una mujer coronada y la Iglesia católica una corona más sobre la cabeza de una mujer aureolada de santidad. ¡Isabel de Castilla, Reina Católica; qué bien sentaría llamarla

Santa Isabel, Reina de España!» (Grandes y prolongados aplausos cerraron las últimas palabras de este período.)

La unidad de la cultura

El ministro de Educación Nacional analizó en la tercera parte de su disertación la gran labor cultural fraguada por los Reyes Católicos a la tranquila sombra de una fe robusta y de un gobierno férreo, florecida como suma de creencias, hábitos sociales, ideas y afectos que dieron energía y orientación al hombre español del Renacimiento. Con violenta sed de realización y de actos eficaces, limpiaron los horizontes de España de la opaca neblina de la mediocridad y endurecieron sus ataques a cualquier brote del mal gusto del espíritu. En su época —viva y desbordada primavera espiritual—, el castellano adquirió su máximo vigor expresivo, y la fría y refinada exquisitez de la literatura anterior se fundió con el calor humano de una expresión más honda y natural, en la que las formas populares actuaron como activo y penetrante injerto de una cultura agotada. La generosa y genial empresa filológica de Antonio de Nebrija consiguió no sólo la unidad de la lengua española, sino que la transformó en poderoso instrumento imperial y misionero.

El ministro de Educación revisó más tarde el nuevo arte literario, nacido en la época de Isabel y Fernando, el cual, así como toda la cultura intelectual, se llenó de luz y sangre vivificadora. El propio palacio de los reyes fué aula gozosa de un humanismo constructivo y vigoroso. El cardenal Cisneros consumó en la Universidad de Alcalá de Henares y en la Biblia Políglota Complutense dos obras cumbres del Renacimiento español. Con favorable oportunidad, la introducción de la imprenta en España coincidió con los comienzos de tan glorioso reinado, y, con abierta universalidad, el mecenazgo artístico de los monarcas y de sus consejeros trajo a nuestra Patria destacados representantes de las nobles artes de toda Europa, a la vez que alumbró en España el genio



creador de escultores, pintores, arquitectos —el «estilo Isabel»— y músicos genuinamente hispanos.

Un paralelo histórico

El Ministro de Educación, señor Ibáñez Martín, terminó su brillante discurso con la siguiente invocación final:

Tal es, señores, la meditación política que a un hombre de nuestro tiempo sugiere la evocación de los Reyes Católicos y de su época. En el ritmo de la Historia hay a veces sorprendentes reiteraciones de hechos y motivos, como si el paso de los días obedeciese a unas leyes supremas y misteriosas. Es, efectivamente, profunda la semejanza de los días que en aquella última parte del siglo xv antecedieron a la grandeza lograda por los Reyes Católicos con los días que en España precedieron a nuestro Alzamiento nacional y lo justificaron haciéndole necesario y urgente. Hubieron los Reyes Católicos de emplear puño de hierro contra la bandería, contra el sentido antinacional, contra el desmán que hacía peligrosos los caminos españoles, contra la codicia de logreiros y mercaderes. Frente a un espíritu de dispersión afirmaron un espíritu de unidad. Vencer al enemigo interno era la premisa para vencer después al enemigo exterior. Fundir sentimientos en un anhelo común, en una común espiritualidad, era el antecedente necesario para proyectar luego hacia fuera toda esa lograda y madura vitalidad española. También ahora, siglos más tarde, era preciso afirmar, frente a una dramática realidad nacional, aquellos principios que los Reyes Católicos hicieron robustos en la vida de la Patria. Y también, como entonces, ante un pueblo en grave trance de desintegración, laxos o rotos los fundamentos de una espiritualidad absolutamente esencial, se hizo inevitable la necesidad de un remedio enérgico. Como lo vieron Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, en aquella última parte del siglo xv, lo vio Franco en 1936.

El tiempo va dando perspectiva a los hechos, perfilándolos en su justa dimensión, y asusta pensar hoy, a la trágica luz de lo que

el mundo ha vivido desde 1936, lo que de nuestra Patria y su destino hubiese sido si no es frenado aquel proceso de dispersión y desintegración en que España iba hundiéndose hacia un abismo de fondos pavorosos. Franco lo vió, y hubo de restaurar, con mano providencial, los principios esenciales, para que se lograsen de nuevo el camino debido y la pérdida espiritualidad. Pudo llegarse así a la meta buscada, a lo que un día, hace siglos, inflamó de nobles fuegos redentores el alma de Fernando: la pasión española, la pasión cristiana. «Por los comunes provechos, dejad los particulares», escribió, para la Casa Consistorial de Toledo, Gómez Manrique, el poeta amigo de los Reyes. Pedía a los regidores, pedía a todos, que, por la fe y la Patria —«los comunes provechos»—, dejaran los particulares: la menuda codicia, el desorden, la ambición pequeña. Desde el año 1936 —alba del imperio, como entonces—, Franco y la Patria piden a todos que, por nuestros nuevos comunes provechos —que son los de entonces: Dios y España—, dejemos cuanto es pequeño, particular y desordenado. Porque sólo con esta premisa, que nuestro Movimiento empezó a restablecer a precio de sangre, se está logrando, con frutos de abrumadora realidad, y bajo la gloriosa capitania de Franco, la difícil, pero segura, conquista de la grandeza de España. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!»

Los principales períodos del discurso del señor Ibáñez Martín y su final fueron subrayados por cálidos aplausos de los concurrentes.

A continuación el señor Ibáñez Martín, en nombre del Caudillo, declaró abierta la conmemoración oficial del centenario.



UN NUEVO COLEGIO UNIVERSITARIO EN ZARAGOZA

ENTRE la serie de actos universtarios, celebrados en Aragón los días 22 y 23 de abril en conmemoración del V Centenario de la Reina Isabel la Católica, figura la inauguración del Colegio Mayor Pedro Cerbuna, de la Universidad de Zaragoza. En dicho acto, que revistió excepcional solemnidad académica, el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso:

Discurso del Ministro de Educación

«Ahora que el mundo de la Universidad proclama, a los cuatro vientos de la geografía de la Patria, la realidad de su transformación renovadora, puede justificarse que sea la palabra la que reclame, frente a la indiferencia de las gentes, su puesto pregonero.

Porque resulta cierto que las empresas que no cuentan con el testimonio oral de los hombres parece como si apenas hubiesen

tenido cumplimiento. La tarea del resurgir de nuestra Universidad no ha llegado a la meta final, pero, cuando menos, ha sido realizada en una de sus más importantes etapas iniciales.

El Caudillo, paradigma del buen gobierno

La prueba de ello nos la brinda la inauguración de este Colegio Mayor, levantado bajo la invocación del nombre de Pedro Cerbuna. Hace poco más de un mes el Jefe del Estado inauguró en Madrid el Colegio Mayor San Felipe y Santiago, en la Ciudad Universitaria. En la misma mañana del 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, abrió también sus puertas el Colegio Mayor de San Pablo, creado por iniciativa particular y a expensas de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Y en Madrid, en esta misma semana, se ha incorporado también a las tareas universitarias el Colegio Mayor del Padre Poveda, perteneciente a la institución teresiana.

Con la inauguración de la Residencia de Miraflores esta mañana, y con este acto de ahora, cerramos la serie de inauguraciones colegiales correspondientes a este curso. Pero el acto que en este momento celebramos quiere significar que la tarea del régimen político que acaudilla la figura providencialmente dotada del Generalísimo Franco tiene el carácter de la más solemne acción histórica, tanto en la ideología que la preside como en el entusiasmo y tesón que la acompaña. Acción histórica que evidencia la realidad de una empresa en curso, proyectada ambiciosamente hacia dos vertientes fundamentales de la vida del Estado: el bienestar físico de nuestro pueblo y su renacimiento espiritual.

En los doce años de difícil paz alcanzada por España, frente a las asechanzas de sus enemigos, ninguna de estas dos exigencias nacionales ha sido desatendida ni un solo instante por el desvelo tenaz del Jefe del Estado, que, frente a las vitales inquietudes de la vida española, ha sido para todos sus colaboradores nuestro mejor y más vibrante paradigma.

Su ejemplo nos dicta hoy el mejor programa para señalar el nivel que nosotros deseamos para la ética de nuestro pueblo. Las virtudes que en él encuentran su símbolo más expresivo son las que parecían latir en el adormecido corazón de España y que ahora, de nuevo, se han puesto vigorosamente en pie, al conjuro de su voz genial y proféticamente alentadora.

Franco encarna hoy el prototipo de aquellas figuras que por sus singularísimas cualidades pudieron ser calificadas en la terminología de nuestra política de los siglos áureos con el calificativo de verdaderos «príncipes cristianos». Porque él, como nadie, ciertamente, ha sabido consagrar lo mejor de su vida a la grandeza de su Patria y, lo más íntimo de sus desvelos, al bienestar de un pueblo que nunca sabrá retribuirle bastante en la deuda inapreciable de gratitud que, en tres años de guerra y más de dos lustros de paz, ha contraído con él ante el inapelable tribunal de la justicia de la historia.

La lección de esta vida española es para nosotros el mejor punto de arranque para una meditación política en la que, como en ésta de hoy, hemos de recordar una vez más todo lo que en el campo de la inteligencia, la cultura, la investigación y la Universidad debe España a la figura egregia que hoy rige los destinos de nuestra Patria.

Disconformidad, polémica e instauración

Ante todo, en tres conceptos fundamentales se resume el progreso alcanzado en estos últimos años en el orden de la vida universitaria: disconformidad, polémica e instauración.

Por la primera, el régimen negó su identificación con los supuestos demo-liberales de la concepción institucionista de la Universidad que pudieron ser la única aspiración concebible en la mentalidad mediocre de Giner y los pedagogos seguidores de Pestalozzi.

Mediante la segunda, la generosa libertad del régimen convocó en un gran certamen de criterios dispares y contradictorios

a todas las voces permanentes que, entre nosotros, tenían un título y razón necesaria de opinar.

Y por la tercera, el Gobierno alzó, sobre los cimientos ruinosos de una Universidad en decadencia, las líneas de una arquitectura docente e intelectual que, para ser duradera y profunda, se quiso sustentar sobre las piedras milenarias de nuestra mejor tradición cultural.

En esta etapa nos hallamos ahora. Instaurador y fundacional es el momento que vivimos. Pero el quehacer en que el régimen está empeñado no es una efímera sembradura sometida al tributo de un leve florecimiento primaveral. España ha clavado muy hondo las raíces del árbol de la ciencia para que éste pueda estar siempre saturado de frutos y nunca sufra el riesgo, por una momentánea esterilidad, de hallarse en trance de bíblica condenación.

El Caudillo de España y los que con él nos sentimos leales y denodados seguidores de sus consignas hemos sabido calar hasta la entraña misma de las necesidades históricas del pueblo español para cimentar sobre ellas esta común hazaña de volver a alzar, en el extremo occidental de Europa, el viejo castillo de una España soberana y fuerte.

A la finalidad de esta empresa heroica contribuye, como un jalón más en la proyección hacia el futuro de su ímpetu fecundo, la inauguración de este Colegio Mayor de la Universidad de Zaragoza.

Realidades históricas en vez de arengas y encantamientos

Pero no se trata aquí de formular ante vosotros una arenga que intente despertar posibles entusiasmos adormecidos. Por fortuna para nuestra Patria, una fe militante nos mantiene a todos movilizados en apretado haz de esperanzas y de ambiciones.

Mas tampoco sería justo que, por un artilugio de sugestión, yo proyectara desde aquí convenceros de algo que no se correspondiese con las exigencias de la verdad.

El balance de la política cultural realizada en estos últimos doce años ha alcanzado realidades de tan innegable y objetiva evidencia, que España no necesita de voces de encantamiento o de arengas engreidoras, porque en la verdad de sus obras se cifran su título y su mérito.

Nos cabe la satisfacción de afirmar que los errores que nos legaron los antiguos períodos de una historia de decadencia han sido subsanados por el entusiasmo de una política que aireaba los rincones enrarecidos de la Patria con ágiles y claros vientos de renovación. Pero aquéllos han sido el entorpecimiento inicial con que el régimen ha tenido que luchar para acometer su inicial empresa instauradora. Sobre una España espiritualmente desmembrada fué preciso erigir, ante todo, el sentido político de la unidad. Después, como sobre un páramo hostil, hubo de comenzarse la siembra cuando aun en los horizontes de nuestro solar histórico no se había extinguido la cizaña.

Fué preciso desarraigar del alma española el nervio de su antiguo pesimismo y poner en su lugar la fe tradicional de un pueblo creyente, apasionado y apostólico. Sobre esas bases hemos levantado el edificio de la nueva Universidad, y en él, como institución predilecta, revivido el rango de nuestros antiguos Colegios Mayores.

Misión del Colegio Mayor en la nueva Universidad

Es innegable que la Universidad española del siglo XIX no supo educar a la juventud para la vida humana. La ciencia, entonces, sólo servía para cegar de soberbia el entendimiento y hacer que éste se sirviese de ella como arma destructora contra las ideas que defendían su propia espiritualidad, contra el principio filosófico de la existencia de Dios y contra el honor y la historia de la Patria.

La docencia y la investigación, salvo ilustres excepciones, desviaron su propio destino para convertirse en elemento deformador

de las inteligencias y de los corazones. Ante ese espectáculo, ¿qué nos correspondía hacer sino reintegrar al «alma mater» su cualidad materna de alimentador espiritual de sus hijos, de educadora de verdaderos caballeros cristianos, conforme al tipo ideal de nuestros más preclaros valores de la Edad de Oro? Ya he dicho en alguna ocasión que el santuario de esa educación total donde el joven adolescente se liberase de la deformación que en su espíritu se pudiera producir en los avatares espirituales de su mocedad no podía ser otro que el Colegio Mayor. Para salvar ese riesgo de la corrupción de la juventud, España tenía archivada esa institución secular, cuya tradicional eficacia había hecho que sirviese de modelo a aquellos centros que son todavía ejemplo de organizaciones docentes más allá de nuestras fronteras.

Para quienes creíamos que la formación moral de la juventud era tanto o más importante que su educación intelectual, el Colegio Mayor tenía que ser el instrumento necesario donde formar íntegramente al alumno. Porque el fin que han de cumplir estas instituciones no es sólo el de dar residencia a los colegiales que han de licenciarse o graduarse de doctores en cualquier Facultad, sino, y muy principalmente, de convertir el recinto universitario en bastión inexpugnable donde la fe católica palpitase en los últimos confines del pensamiento y donde el amor a España encendiese a los corazones en el fuego del más heroico y sacrificado apasionamiento.

Los deberes de la juventud

Todo ello quiere decir que no puede sernos indiferente el papel que le toca jugar a la juventud en esta hora crucial de la vida del mundo.

Es momento de que se diga a los jóvenes cuáles son sus deberes y todo lo que en el orden de los sacrificios individuales espera de ellos la Patria.

Porque en la edad juvenil —como ha dicho un ilustre escritor contemporáneo— «no es malo sólo la vaga filosofía, la poesía



enfermiza, la bohemia artística y literaria de los cafés, las utopías a la moda o las quimeras transitorias que, sin cesar, renueva la locura del mundo. Lo peor de todo constituye la adulación de la juventud, porque el adulador es siempre un corruptor, un cobarde por temor servil o, como decía Tácito, el peor de nuestros enemigos.»

Cuando se ha dicho que el estudiante universitario tiene que aprender el señorío sobre su propia voluntad para después poder convertirse en señor sobre los demás, se ha definido el programa de abnegaciones rigurosas que deben definir la conducta del hombre en su edad juvenil.

El que no está dispuesto para el sacrificio en la adolescencia, muy poco templado tendrá el espíritu para cuando la Patria le demande la dura contribución espiritual del heroísmo. El estudiante de hoy debe sentirse, más que nunca, inscrito en una insoslayable jerarquía de valores intelectuales y políticos. Ha de saberse subordinado a sus maestros, de quienes, con humildad y veneración, recibe la ciencia que tan paciente y generosamente se le brinda. Y, frente al Estado, no puede ignorar que él es un instrumento de las exigencias de éste, en orden a los principios de la paz social, el bienestar público, la libertad y la justicia. Y, sobre todo, en nuestra Patria, después del esfuerzo de nuestra guerra interior y de esta paz difícil, lograda a costa de tantos sacrificios, deben, mejor que nadie, los estudiantes saber que el precio de esta última ha sido demasiado caro para que la alegría e inconsciencia de la frivolidad de las gentes la puedan malograr.

Esta voluntad del renacimiento de España ha de ser compartida por todos. Sin una unanimidad de esfuerzos se correría el riesgo de frustrar una de las más decisivas oportunidades de la historia de España.

Mas, para tal empresa, no se puede confiar solamente en los que tienen sobre sí la responsabilidad del Gobierno como si, misteriosamente, se les hubiera atribuido una extraña capacidad de demiurgos.

No; la juventud española no debe esperar que los problemas

de nuestro pueblo se les solucionen de puro milagro. Importa, con urgencia trascendental, que todos los españoles se sientan responsables, en la medida del puesto que ocupe cada uno, del resultado a que en el futuro conducirá el quehacer político de la hora presente.

Hoy, más que nunca, el estudiante debe tener ese sentido de responsabilidad por el que la juventud puede enjuiciar los problemas actuales con una prudencia que más bien pudiera ser propia de la madurez. La obediencia, el concepto de servicio, el sentido de disciplina y de jerarquía son cualidades que el estudiante contemporáneo debe tener impresas en su corazón como imperativos inexorables, cuya exigencia es tan rigurosa que no admite ante ella más que dos posiciones. La de su cumplimiento o la de la traición.

* * *

Tal es, señores, la consigna que aquí me importa formular como resumen de este acto inaugural.

Si el siglo XIX pudo ser una época retórica, es decir, de fórmulas y conceptos, la hora que vivimos es esencialmente política o, lo que es lo mismo, de decisiones y de acción. Ya no cabe entre nosotros el eclecticismo ideológico ni las dudas sobre el porvenir. Se trata, por el contrario, de robustecer doctrinas y de reafirmar posturas y actitudes. Nuestro catolicismo ha de ser como el que quería Menéndez Pelayo, ese que da el tener una «fe viva, total e ingenua».

Nuestra confianza en el futuro debe estar alentada por ese estímulo del entusiasmo que, en frase de Donoso, era el secreto de la vitalidad de los pueblos. Y nuestro íntimo españolismo deberá tener en todo instante ese apasionamiento del que la figura de José Antonio nos dió el ejemplo más desinteresado, generoso y heroico.

Sólo así la España del porvenir recogerá de vuestras manos el sacrificio de los que hoy estamos dejando una gran parte de nuestra vida en el áspero y, a veces también, amargo ejercicio de una incansable y esperanzadora sementera.»



GLOSA A DOS EXPOSICIONES DE ARTE

Por ADRIANO DEL VALLE

CUANDO el Guadalquivir llega a los aldeaños de Córdoba, en su andadura silvestre, lo vemos pastar en sus propias márgenes; lo vemos lamer, con su ancha lengua de cristal fugitivo, el légamo de las dehesas boyales, como si todo su cauce fuese un espumeante bello rumiando el paisaje y como si su transparente piel bovina tomase el color berrendo de un rebaño de nubes trashumantes. Y sobre esa piel andariega e hirsuta, sobre su pelambre de nubes, lleva, a veces, el frontal del ramaje ribereño el jazmín mojado, el taraje en flor, la zarzamora, el espino y el cactus. Es decir, el aroma de una flor virgínea y cándida y la rebelión de una fauna hispida, casi africana. Y sobre el agua pensativa y peripatética, cuando el semblante del río se ilumina con la metáfora de la sierra vislumbrada, alzada en vilo por el vaho vespéral, van cayendo, pausadamente, las señales del año y sus trabajos agrícolas: vilanos áureos, vuelos de mariposas plegables, funánbulas y frágiles, en unos equilibrios tan anfibios como los de las libélulas cuando juegan al riesgo de aproximarse demasiado al pez de Tobías. Caen sobre las aguas del río las ramas

podadas por el viento, alguna flor y algún fruto. Y cae también, desde el otoño que humedeció sus hojas con una lluvia reciente, la última gota de agua fluvial, perlada, desprendida del engaste, de la turquesa de un naranjal, dictando así una lección de belleza y filigrana vegetal a los plateros cordobeses.

Así llega a Córdoba el Guadalquivir; dándole a la ciudad la medida de su parsimoniosa andadura, con lenguas y lenguas de remolcada belleza campestre. Y así pasa el río junto a sus arrabales, enyugándose a la norma romana de un puente ilustre cuya biografía se hizo historia de provincia bética por todos los confines de un imperio extinguido y cesáreo. Así refresca la urbe, casi oriental, su soflama, hundiéndose en sus aguas hasta las rodillas de sus esbeltas columnas, anegándose hasta la frente, alta y cincelada, de sus capiteles, cúpulas y torres; bañándose en el barro donde se moldea la branquia y la escama afilegranada del pez que huyó de las manos de Tobías...

Y así hemos llegado ya, paso a paso, a la presencia del arte de Ginés Liébana, nuevo Tobías cordobés, nostálgico de su Guadalquivir nativo, añorante, y voluntariamente desterrado en las orillas del Sena.

La fantasía imaginativa de Ginés Liébana, «grande y misteriosa como un retablo de oro», según el mágico decir del poeta Ricardo Molina, se alza como una ermita más de su áspera sierra cordobesa. Fantasía rica y cincelada, esculpida en dura materia barroqueña, ofrecida al fervorín del ruiseñor y a la lenta labor del insecto, a los élitros y al trino, a la pluma volante y al agua despeñada, al ciprés y a la rosa, a su oloroso guardainfante de pétalos.

Así pudo llegar Ginés Liébana a las orillas del Sena, y llegó de la mano del Arcángel San Rafael, buscando en aquel río exótico ese pez bíblico, litúrgico y cordobés, que sólo puede aclimatarse en las aguas de un río andaluz...

El mayor problema, quizás, que ofrece la pintura lógica de nuestro tiempo, la pintura que exalta el raciocinio de los cánones eternos, la resolución del volumen y su permanente geometría, está

constituído por eso que hemos dado en llamar, con el rigor de un teorema, «el misterio del aire inaprehensible». Sin ello, cada obra pictórica puede aparecer a nuestros ojos como una campana neumática, o algo semejante. Puede aparecer como un artificio propio para condenar a la asfixia a las figuras protagonistas del lienzo, si las hubiere, y para arrastrar a una prematura caducidad al mundo botánico y mineralizado de sus arabescos reales o imaginativos. Por esta razón, cada obra pictórica necesita la cubicación de un espacio libre, bien aireado, sutilmente infiltrado del soplo divino, acariciado por la contigüidad del espíritu y del numen, revelador de una inspiración melodiosa.

Velázquez, Goya, Rembrandt y, ya en nuestra época, Corot, resolvieron esta pura síntesis de la atmósfera sorprendida en habitáculos cerrados, analizada en interiores donde la luz ofrecía una refracción poliédrica, al propio tiempo que llevaron al mundo exterior la magia del oficio, la presencia de la técnica —técnica y oficio, por otra parte, invisibles— a la reverberación del corpúsculo errante, más adivinado que real, circulando de linde a linde de la pintura, es decir, extravasando el matiz desde los pinceles, rezumándolo con la dulzura fresca que baja de la nube nómada a las florecillas silvestres, nacidas, por ejemplo, en Barbizón y en sus florestas.

Y ésta es la docta lección que hoy elogiamos, bien aprendida en su obra por Manuel Ortega.

En la joven pintura de Manuel Ortega existe cierta potencia de mutismo que le transfiere su mano creadora con el fluir matizado de unos sabios pinceles. Potencia de mutismo que se torna clarividente sobre el lienzo. Y por esa clarividencia bellamente resuelta, comprendemos mejor la obstinada sordera de Manuel Ortega, su diáfana timidez temperamental, que tiene casi un vibrar de mariposa aprisionada por las manos del entomólogo, y ese ensimismamiento dubitativo ante sus problemas pictóricos, con los que se enfrenta, tozudamente, midiendo su pulso voluntarioso con las formas y, a veces, contorsionando ese esfuerzo aparente de su labor en una simbología desdoblada del mito de Laocoonte, pero esta vez debatiéndose entre la maraña tentacular de sus arduas preocupa-

ciones pictóricas. Y una de ellas es, ya lo hemos enunciado al principio, la del espacio. Espacio libre, con aire errabundo y atmósfera palpable y presente, acariciadora de nuestra epidermis, imbuída por vibraciones de átomos iridiscentes. Frontera de la piel, divisoria de la brisa, vertiente y refracción solar del agua en vivísima luz, de la luna y su rocío nocturno. Así, pues, la potencia de mutismo de Manuel Ortega explaya su verbo elocuente en ese matiz imperceptible que es el mejor patrimonio de sus pinceles. Porque un matiz envolvente, como una luminosa clámide antigua, es lo que cubre las hermosas figuras de sus retratos, donde ese aire purísimo, si no protagonista, es, ciertamente, algo semejante al coreuta, con su voz propia, su figuración plástica, su alborozado albur y su lágrima patética. La sutilidad, el claro discernimiento discursivo de sus sabios pinceles, casi el vuelo sonoro del color en función de libélula transparente y rumorosa, es lo que alza su más alacre ímpetu desde la joven paleta de Manuel Ortega. Vibrante sutilidad de eco lejano y desdoblamiento de ese eco en el color que, a su vez, se remansa en el matiz y, más allá, haciéndose música órfica, se refugia en la crisálida de un suspiro o en el levísimo y tenue lenguaje de las hormigas. De esta manera, casi silenciosamente, se comunica con el mundo exterior esa enorme potencia de mutismo que es la más característica virtud personal de Manuel Ortega, quien, sordo como don Francisco de Goya, aunque oidor de coros angélicos y de sonoras voces cromáticas, nos demuestra en su obra cómo esa limitación de su sentido auditivo supervalora la de su sentido visual, potenciándola en la más fina gradación de sus matices, escala de Jacob inacabable de un sueño que es vigilado celosamente por los ángeles de la pintura. Así sea.

EN HUESCA SE INAUGURA UN INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

HA sido inaugurado en Huesca el nuevo Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal». La inauguración se verificó el día 24 de abril último y, en dicho acto, el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, pronunció un interesante discurso, en el que comenzó desglosando el sentido nacional de la obra que se inauguraba como expresión de la intensa labor que el Régimen viene llevando a cabo en todos los ámbitos de la actividad española.

Destacó el señor Ibáñez Martín la fecundidad realizadora de los Ministerios de la Gobernación, Agricultura, Obras Públicas, Industria y Comercio y Trabajo, creadores incansables de los supuestos materiales, obras sanitarias, de reconstrucción de ciudades, de intensificación de la producción agrícola, de industrialización progresiva, de justicia social y tantos otros, que permiten confiar seguramente en la mejora futura de las condiciones de existencia de todos los españoles. En la misma línea fundacional se hallan nuestras creaciones culturales y docentes, y así, en pocas semanas, se han inaugurado en Madrid los Colegios Mayores de «San Feli-

pe» y «Santiago», de carácter oficial; el de «San Pablo» y el de «Santa Teresa», debidos a la iniciativa privada; en Zaragoza, hace dos días, el Colegio Mayor «Cerbuna», estatal, y la Residencia de Miraflores, como privada. A tales realizaciones concretas cabe añadir en el día de hoy este espléndido Instituto de Enseñanza Media, que demuestra la incansable laboriosidad de esta etapa histórica.

Recorrió, más tarde, el Ministro de Educación la brillante tradición cultural oscense y se detuvo en la glosa de las principales etapas de la existencia de sus estudios generales, así como en la de las figuras geniales de la ciencia española —Lucas Mallada, Joaquín Costa, Ramón y Cajal—, forjadas en el calor de sus aulas.

El señor Ibáñez Martín continuó diciendo :

*La grandeza de la Patria,
obra de todos los españoles*

Pero me interesa subrayar ante vosotros que este esfuerzo gigantesco que en lo espiritual y en lo material está haciendo España tiene que ser ya no sólo obra del Caudillo y de sus colaboradores inmediatos y de aquella minoría selecta, ardorosa y capaz que cada día entrega lo mejor de su espíritu al servicio del pueblo español, sino empresa de todos los españoles. España tiene que formar el alma de todos sus ciudadanos, y modelarla equivale a inyectarla de las mejores categorías doctrinales en el orden espiritual, de todas las grandezas que se necesitan en el orden material, para que el entusiasmo y el fervor de la Patria sean su más notable y alta preocupación. Y todos los días, los que me escucháis, en quienes están representados todos los sectores de la vida española, habéis de meditar que la Patria será, en definitiva, lo que nosotros queramos, que el destino de la misma está en nuestras manos; que desaparezca de nosotros una preocupación mesiánica, que bien está cuando, como en estos momentos, al frente de la vida de España tenemos una figura genial que ha entregado en la guerra y en la paz los mejores elementos de su alma, pero que además es

preciso secundarle, es necesario constituir un país entero, enervado en una tarea que es de todos; esta tarea tiene que estar caracterizada por dos signos: el de la inteligencia y el de la responsabilidad.

Inteligencia y responsabilidad

La inteligencia, porque no hemos de conformarnos como españoles en ser españoles mediocres, adocenados, entregados a una vida vulgar y rutinaria. Debemos enraizar nuestra alma en las mejores horas de nuestros siglos áureos para sacar de allí la fortaleza necesaria y la exigencia suficiente para que todo nuestro valer y toda nuestra capacidad moral y espiritual se entregue totalmente con el signo de inteligencia y a la vez con el de responsabilidad a esta obra grandiosa de formar la Patria. Y esto, cabalmente, cuanto más sea atacada, cuando el bloqueo externo o acaso la mala fe de unos pocos del interior traten de socavar estas grandes ideas, más grande debe ser nuestro ardor, más esforzado nuestro ánimo, más decidida nuestra voluntad. Porque vosotros no necesitáis que os subraye el ver con cuánto sentimiento por parte de extraños, con cuánta amargura y tristeza se contempla el progreso espiritual y el progreso material de esta España de Franco. ¿Por qué? Porque temen a la influencia de su espiritualidad austera y rica, porque temen a la influencia de nuestro poder espiritual, que es el más generoso e hidalgo de la tierra y quieren que España no avance por las rutas de su grandeza. Pensad en cualquier momento del XIX o el XX, en cuanto apuntó la preocupación del tipo renacentista, en seguida surgen contra nuestra Patria calumnias, infamias, campañas de propaganda que ningún pueblo ha soportado con más valentía que el nuestro. Pues bien; son estos momentos de estar todos los españoles unidos, codo con codo, trabajando con inteligente sentido de responsabilidad, con exigencia absoluta del deber, para que formemos una España grande y para vencer los últimos coletazos de la infancia y perfidia de fuera y de dentro, a los que molesta que España con paso firme camine a un seguro resurgir y a una segura grandeza. (*Muchos aplausos.*)

Heroísmo de Huesca

Pero ya sé que vosotros, pueblo heroico de Huesca, no necesitáis demasiado estímulo para estar en la vanguardia de los defensores de la espiritualidad y de la mejora del nivel material de España. Cuando al poco tiempo de terminada nuestra gloriosa guerra de Liberación vine a esta ciudad maravillosa, de tanto linaje cultural, al mismo tiempo de sublimes cualidades heroicas, yo realmente apenas pude explicarme, por los caminos de la razón y de la objetividad, cómo habíais defendido su recinto frente a la barbarie roja. Pero ya después, meditando sobre lo que significa la rica tradición cultural de Huesca y su espiritualidad, comprendí que supisteis unir las instituciones de cultura y el sentido religioso, el fervor unánime del pueblo, que atesoraba en su alma reciedumbre necesaria para combatir heroicamente. Y esos esforzados militares españoles que tuvieron la suerte y, al mismo tiempo, la gloria de trabajar por la grandeza de la Patria en esta provincia de Huesca, vieron que aquella ardiente claridad de las mejores almas españolas era aquí luz inextinguible. Defendíais a vuestra ciudad con el alma, con eficacia y con corazón.

El señor Ibáñez Martín terminó diciendo: «¡Viva Franco!
¡Arriba España!»

Una larga y clamorosa ovación subrayó el discurso del señor Ministro.



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

EL MUSEO CERRALBO Y SU TESORO ARTISTICO



NO hay país que cuente, como España, con más aportaciones artísticas de particulares en favor del Estado y la cultura. Por lo general, en otros climas, el coleccionista se siente avaro de sus riquezas y éstas pasan, como la totalidad de sus bienes, a sus descendientes, que no todos, a través del tiempo y las dificultades, saben conservarlas. Así, frecuentemente tenemos noticia de tesoros artísticos diseminados o perdidos, que pasan de las grandes residencias a las subastas famosas o que, puestos a conservarlas por los herederos, en algún castillo o lugar retirado, no rinden ningún beneficio a la cultura de la patria. Cada vez se hacía más difícil el engrandecimiento e inexpugnabilidad de las joyas artísticas hacia el fin de siglo, cuando detrás del riente y esperanzador progreso, empezaba a dibujarse un porvenir sombrío y asomaban las uñas las agitaciones sociales y económicas del siglo XX.

Es una nobilísima cualidad del prócer, del hidalgo español, su proverbial desprendimiento. Esta cualidad, por fortuna, se da en nuestra tierra con frecuencia ejemplar y no es un caso aislado el

que una gran colección haya sido legada al Estado. En esta ocasión, al tratarse del Museo Cerralbo, una de las deslumbradoras joyas con las que Madrid se adorna ante la curiosidad y admiración del viajero, esa cualidad admirable de la generosidad de un hombre necesitaba emparejarse con una actitud del Estado digna de recibir ese don, apreciando el gesto, aprovechando aquellos tesoros en favor de la investigación y de la cultura, motivo para el que le fueron legados, llevando a cabo precisamente las ideas que no pudiera realizar el fundador y engrandeciéndolas, al mismo tiempo que ordenándolas, conforme a los modernos sistemas, para tener en todo momento, con la gran herencia recibida, el dispositivo necesario para su conservación, estudio y difusión, como instrumental maravilloso para las actuales y futuras generaciones que deseen trabajar en tantos y tan variados aspectos de la Historia, de la Arqueología y del Arte.

Hemos visitado y conocemos el funcionamiento de muchos museos europeos que cuentan con medios, facilidades y funcionarios desde mucho tiempo atrás. Acoger amorosamente un patrimonio tan extraordinario como el que dejó el marqués de Cerralbo y disponer del mecanismo eficiente para desarrollar en todos sus aspectos las tareas que ello ocasionaba, poniéndolo en poco tiempo en perfecto funcionamiento, es labor que requería dos únicos motores: cerebro y corazón.

Conforta pensar que España los tiene para cosas tan espirituales como ésta y más en épocas difíciles y positivistas del mundo, cuando tantos artefactos sin alma, tantos cabildeos interminables y tanto armamento para la destrucción, alejan a las naciones de toda realización intelectual y artística, que queda relegada a un plano secundario.

La obra realizada

Una de estas mañanas de la primavera madrileña hemos girado una visita al Museo Cerralbo, a las horas en que está abierto al público. Algunos visitantes, la mayor parte extranjeros, recorren

las salas, con la sorpresa retratada en el rostro al encontrarse ante tales y tan bien dispuestas maravillas. Sorpresa, porque todavía no se ha hecho sino la propaganda indispensable del museo, y, aun para los de dentro, el nombre de Cerralbo es más conocido como definidor de una aristocracia madrileña del ambiente de un siglo de refinamiento, que como descriptivo de sus propios tesoros.

Después de subir la hermosísima escalera principal con su famosa balaustrada dorada que perteneció a las Salesas Reales, sus ricos reposteros y mármoles, bustos romanos y jarrones monumentales y cruzar las fastuosas y grandes salas del piso principal, pedimos ser recibimos por la directora del museo, doctora Consuelo Sanz Pastor, que nos acoge amablemente y contesta a nuestras preguntas. De esta manera tendrá el lector una impresión concreta de lo que se ha hecho, antes de acompañarnos en nuestro recorrido a través de salones y galerías que forzosamente habremos de reseñar muy sucintamente.

—¿Cuándo se construyó el edificio del museo?

—Este palacio fué construído en 1886 por el XVII Marqués de Cerralbo. De los planos fué autor Cabello y Lapiedra, bajo la dirección del propietario, que trasladó aquí las magníficas colecciones que en aquella fecha ya tenía en su casa.

—¿Dónde vivía anteriormente?

—En la calle de Pizarro.

—Y este nuevo edificio, ya instaladas en él sus joyas artísticas, ¿es el que legó al Estado?

—Sí, pero verá usted. La propiedad del solar, del inmueble, pertenecía en partes iguales a sus dos hijos políticos. Las obras se terminaron hacia el fin de siglo, y el marqués habitó el palacio. Andando el tiempo, pensó, y fué haciéndose a la idea, de legar todo cuanto poseía al Estado, a lo que le movía su amor a la cultura y su acrisolado patriotismo, y es entonces cuando gestionó la compra de la totalidad de la casa, tropezando con la dificultad de que uno de sus hijos políticos, por haber fallecido en el intervalo, había dejado su parte a una fundación benéfico-docente.

—¿Qué parte del palacio ocupaba el marqués de Cerralbo y era de su propiedad?

—El piso principal, el segundo y el tercero, la portería y la gran escalera. Esto es lo que dejó, en lo que a la vivienda se refiere, al Estado.

—¿Y qué parte era la otra, vendida?

—La planta baja, el sótano y el jardín. Esto es lo que interesaba a toda costa recuperar para la unidad y necesidad del museo, lo que quiso hacer en vida y no pudo el XVII marqués de Cerralbo y lo que ha hecho el Estado español.

—¿Cómo y cuándo lo llevó a efecto?

—En 1944, merced al apoyo decidido del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, y el esfuerzo del Patronato. Este, se dirigió a la Entidad propietaria de aquella parte, que lo era la Asociación de la Santísima Trinidad y María Inmaculada. Por fortuna, hubo manera de realizar la operación.

—¿Se tuvo que realizar alguna obra importante para la instalación definitiva?

—Sí, importantísima. Obras de restauración y adaptación. En el aspecto primero, hubo que rehacer pavimentos enteros, empapelados, que se imitaron al temple, vigas que estaban perdidas por la acción devastadora del tiempo, todo bajo la dirección arquitectónica de don Guillermo Diz Flores; en lo segundo, o sea en la adaptación, se suprimió el llamado «piso intermedio», suprimiendo escaleras, pasadizos, rincones y cuartos para la servidumbre y logrando una galería y un corredor nuevos, para pinturas y dibujos. En una palabra, se suprimió lo que tenía de casa particular, con sus lugares angostos y se obtuvo el mismo rasante que las otras partes del piso, lográndose una gran amplitud.

—¿El museo, aparte de todo esto, tiene consignación oficial para su sostenimiento?

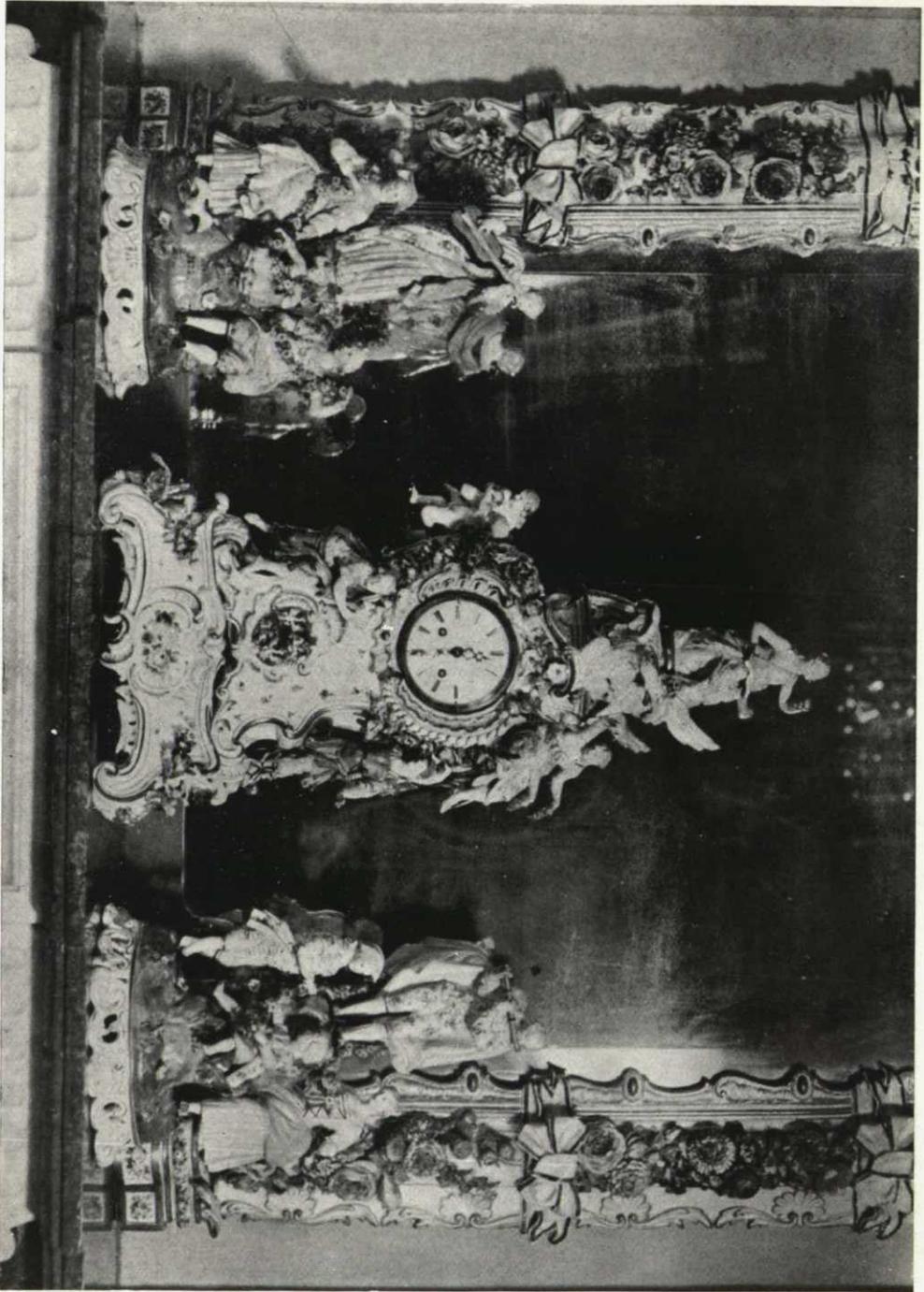
—Sí.

—¿Cuánto?

—Cien mil pesetas anuales. A todas luces insuficiente para el



Museo Cerralbo.—Escalera principal del palacio.



Museo Cerralbo.—Colección de porcelanas: Reloj y figuras de Sajonia.

rango de la Obra y lo que queda por hacer. Sin embargo, se administran con cuenta gotas, para poder atender a todo.

—¿Personal?

—El indispensable. Un secretario-administrador, dos conserjes, un portero, dos empleados más y las mujeres de la limpieza.

—¿Y no existe también cierta consignación para sostenimiento de la Obra, parte de la testamentaria del marqués?

—Sí, pero hoy es una cantidad muy exigua, que casi no merece la pena. La cuarta parte o menos que el Estado.

Consuelo Sanz Pastor, doctora en Historia, personalidad a la vez antigua y moderna, que a su cultura, conocimientos y gran espíritu, une un sentido de la vida completamente actual, al mismo tiempo también mundana y deportista, muy estimada en los medios literarios y universitarios de Madrid, ha sido sorprendida por nosotros en su mesa de trabajo, rodeada de libros, papeles, pruebas, fotografías...

—¿En qué trabaja ahora?

—Primeramente, en la catalogación. Es una labor de bastantes años. Imagínese que tantos tesoros y algunos tan minúsculos y otros almacenados desde hacía mucho tiempo, estaban sin registrar. Sólo existía un inventario de herederos del año 22.

—¿Qué clase de catalogación realiza?

—Fichero fotográfico, Catálogo general y Catálogo sistemático. Tres cosas fundamentales para la debida ordenación del legado.

Solicitamos modelos de fichas, y Consuelo Sanz Pastor nos las muestra. En cada una de ellas, con precisión científica, se fija la referencia, detalles, dimensiones de cada objeto. Hay muchos cientos de fichas terminadas que forman una especie de muralla sobre las mesas. El museo adquiere ahora verdadera importancia intelectual al estar en marcha hacia el objetivo para el que fué creado: «Servir de estudio a los aficionados a la Ciencia y el Arte.»

Hemos hablado de las pruebas de un libro con sus grabados preparados. Es para un folleto que editará la Dirección General



de Propaganda, sobre el museo y que será de gran utilidad para los visitantes.

Contemplamos las vitrinas donde se exponen las monedas.

—¿Cuántas hay?

—Unas quinientas. Pero se guardan cerca de treinta mil... La riqueza aquí acumulada, ya le dije, que es muy grande. Sólo en un barqueño aparecieron tres mil piezas. Hay una gran parte que todavía no puede ser exhibida.

La directora del museo nos acompaña en nuestro recorrido por las salas. Y hablamos del hombre y de su vida.

Cerralbo, el hombre y el coleccionista

Una interesante fotografía nos muestra don Enrique de Aguilera y Gamboa, dos veces Grande de España, marqués de Cerralbo, de Almarza y de Campofuerte; conde de Alcudia, Foncalada y Villalobos, de pie, junto a la chimenea del salón de estar, en una actitud severa y recogida.

Nació en Madrid en 1845, y murió, también en la Corte, en 1922.

En su juventud tomó parte en la política, como carlista, siendo diputado y senador por derecho propio.

Escritor, poeta, conferenciante y arqueólogo. Su mejor obra: *El Alto Jalón*, estudio geográfico e histórico de esta región. Dedicó parte de su fortuna a las excavaciones arqueológicas, especialmente las de Torralba (Soria). Un dato curioso: La última carta autógrafa de Menéndez y Pelayo es felicitándole por el premio Martorell.

«Toda mi vida me he ocupado —dijo en su testamento— en coleccionar objetos de arte, arqueológicos y de curiosidad.»

Casado con doña Inocencia Serrano, los marqueses de Cerralbo celebraron en este mismo palacio selectísimas e históricas reuniones y almuerzos. Tenían lugar éstos una vez por semana. Era fama que el marqués de Cerralbo obsequiaba a sus invitados con platos

españoles, y el culto a las Artes y las Letras, se alternaba con el gusto por el cocido madrileño y el arroz con leche...

Tal era el hombre cuyo recuerdo sale al paso a través de todos los salones de esta casa, especialmente en la biblioteca, en el comedor de diario, en el gran salón de baile, en cuya pintura del techo aparece retratado por el gran artista Juderías, vestido con un frac rojo.

El Museo un día cualquiera

En la planta baja están la sacristía y la capilla.

En la sacristía se admiran los grandes armarios que guardan ornamentos, marfiles, tallas miniaturas. Imágenes de marfil, pendones —como el de las Navas— conquistado por Alfonso VIII, trípticos flamencos, cálices del siglo XVI... La sacristía, propiamente dicha, es una cámara severa, tapizada de damasco, donde los cuadros primitivos resaltan bellamente. Cuadros italianos y españoles.

En la capilla está el famoso Greco «San Francisco con el lego», uno de los cuadros fundamentales del museo. Con tonos grises y pardos, el genial pintor trazó, con audacia maravillosa, los dos personajes, contrastando la actitud de iluminado del santo con la postura —en opuesta forma de adoración— del lego que está pintado de espaldas y sentado en el suelo, elevando su mano derecha al firmamento mientras con la izquierda se apoya en el suelo.

Después, están las habitaciones particulares de la familia Cerralbo: despacho de verano, salón amarillo, la saleta rosa, encantadora habitación dedicada a la pintura francesa con muebles del XVIII; el dormitorio, de sobrio estilo español; el comedor de diario, confortable, acogedor, cordial, con su gran mesa, reloj inglés y gran chimenea, que podría ser un ejemplo de cómo se debe vivir para los que quisieran y pudieran retroceder a una época de buen vivir, de amenas tertulias y de ingeniosa conversación; el salón de música, donde se destaca un retrato del XVI marqués de Cerralbo, por Vicente López. En esta misma

planta las galerías de dibujos y pinturas: Vasari, Valdés Leal, Van Loo, Goya, Tiépolo, Veronés, Lorena, Mengs, Guido Reni, Ribalta, Tristán, Tiziano, Tintoretto. Del Tiziano merece citarse el retrato de la esposa del Gran Duque de Alba, de exquisita composición y tonos claros.

En esta misma planta, la segunda y tercera galería de pinturas, con relojes antiguos y las firmas de Vicente López —retrato de Fernando VII—, Mengs, Zurbarán, Alonso Cano, Veronés...

En la planta principal, empezamos por la Gran Armería, donde se admira la magnífica colección de armaduras, que con fondos de tapices, vitrinas y el resto de los salones, también dedicados a esta colección, constituyen un magnífico espectáculo. Tapices belgas, flamencos, panoplias, estribos cincelados y repujados de Italia, celadas, sillas de manos. Más allá, la sección etnográfica y de objetos exóticos: armaduras japonesas, sillas y sillones orientales, lámparas, como la grande de Mezquita, que está suspendida del techo. Y todo ello decorado con cuadros, dibujos de Rubéns, Ribera, bustos y estatuas. Todavía más allá, la colección de armas, espadas, estoques, dagas, estiletes, puñales, arcabuces, escopetas, pistolas...

Nos hallamos, retrocediendo otra vez al primer salón de la armería, en la primera sala de este piso, donde se admiran suntuosos muebles, bronceos chinos y estatuillas griegas. Dos soberbios bargueños del siglo XVII y su gran juego de candelabros. Allí es donde está el Crucifijo de Tristán, un Carreño y un Esquivel, el retrato del Gran Almirante Andrea Doria, quien después de estar al servicio de Francia, pasó al de Carlos V, realizando sus famosas expediciones a Túnez y Argel, y siendo uno de los más ilustres marinos de la Historia. Un giordano; un «Salvador», de Ribalta, y otros lienzos estimadísimos.

En la segunda sala o «vestuario», llamada así por un gran armario de tres cuerpos Luis XV que preside aquélla, vemos una gran chimenea francesa de mármol negro, con reloj y candelabros franceses, y una gran mesa central. Aquí está la colección de «espachines de Corte».

En la tercera sala, o de las porcelanas, empieza una de las riquezas más notorias y conocidas de la casa Cerralbo: las porcelanas más preciadas, tantas veces reproducidas en libros y estampas; grupos de Sajonia, representando «La música» y «El baile»; grandes espejos con marcos también de Sajonia, figuras y piezas de Alcora, Sèvres y del Retiro; tazas, platos y jarras de La Granja. Las piezas más importantes que saltan a la vista son el «Sátiro y la bacante», de porcelana francesa, y un antiguo reloj de Sajonia con figuras.

Todo este museo —instalado como debe estar un museo particular, en su propio palacio— posee el encanto de las cosas vividas, no tiene esa frialdad de las colecciones que caen sobre el espectador, confundiénzole y anonadánzole, sino que aquí las colecciones y las piezas famosas están enmarcadas en las suntuosas habitaciones que revelan la verdadera alcurnia española.

El comedor de gala, explica mejor que ninguna otra esta magnificencia y este gusto por las reuniones y las fiestas que hicieron famosa la generosidad de sus dueños. Grandes reposteros, mobiliario de nogal, porcelanas del Retiro, la magnífica mesa de caoba, alrededor de la cual se sentaban hasta cuarenta personas, bajo una profusa y ordenada iluminación... Aquí los cuadros están en armonía con el destino de la estancia: flores, «bodegones» y animales por grandes pintores flamencos y españoles.

Junto al comedor, el billar, con su inmensa mesa, estilo Luis XV, que perteneció al Rey Fernando VII. Asientos corridos y reposteros, cuadros como el del Duque de Alba, por Mengs; Zurbarán, Veronés, «La mujer de Bragadino» (guerrero muerto en la defensa de Chipre), que, para nosotros, es uno de los retratos más singulares de la Pinacoteca; el boceto que sirvió a Velázquez para su «Retrato ecuestre de Felipe IV», del Museo del Prado.

Después de la sala —rotonda, con nuevas porcelanas y figuras de Sajonia—, se pasa al despacho de honor, que es donde está retratado el marqués de Cerralbo en la fotografía que reproducimos en este mismo número. Dos grandes y sólidas columnas

jónicas sostienen la monumental chimenea, en la que campean las armas de los Aguileras. Paredes tapizadas de brocatel carmín y amarillo, zócalos de nogal tallado que tanto enriquecen bibliotecas y despachos. Todo está aquí prodigiosamente variado y encajado, y una mesa Luis XV va bien, no lejos de un sitial gótico, porque aquí, en pleno delirio del gusto por las cosas de todas las épocas y de todos los países, no hubiera sido posible la ley monótona de ceñirse a un solo estilo.

Después, la biblioteca, con sus grandes estanterías encristaladas, de nogal, que contiene siete mil volúmenes de las materias mencionadas: Arte, Arqueología e Historia. Un biblioteca de especialidades.

Imposible detenernos en describir las galerías de esta planta, que contienen —aquí más museo que casa particular— toda suerte de muebles, arcones, consolas, cuadros, lámparas y estatuas. Aquí está representado el Imperio, el estilo francés del XVIII. Tan pronto nos llama la llamarada del Greco, como una «Anunciación», de Alonso Cano. Y luego, cuando se han visto tantas cosas bellas, hay que dedicar atención a las vitrinas con insignias, estatuas y medallas, minaturas, joyas donde si la curiosidad del aficionado se prende horas enteras, la admiración de las mujeres se enreda también en aderezos, sortijas, broches...

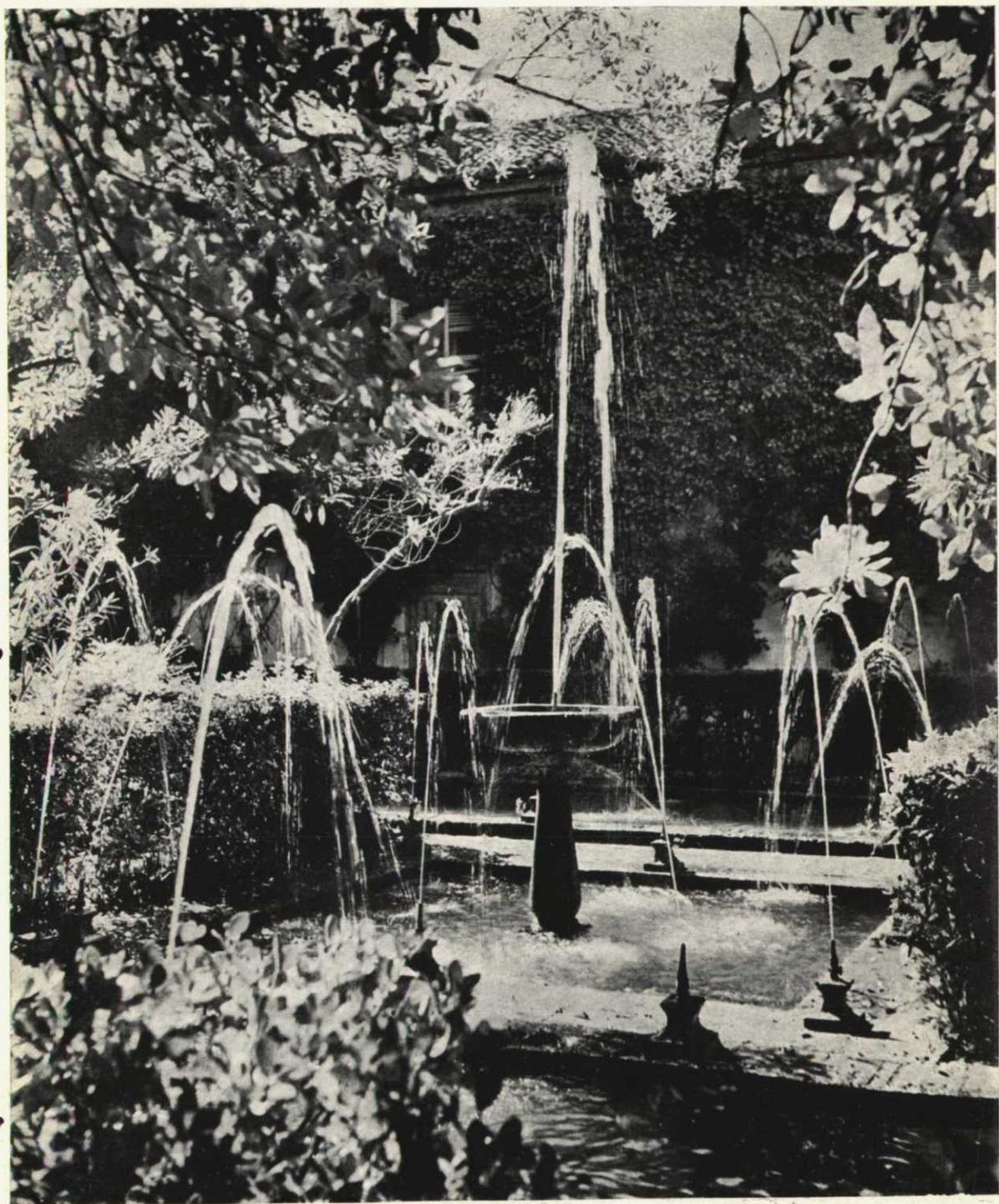
Terminamos nuestra visita que, por esta vez y con el objeto de este artículo, no profundiza más en otras estancias, galerías y recovecos del palacio con la impresión que nos produce el salón de baile, con sus bóvedas de gran altura, paredes de suntuosos y riquísimos mármoles, espejos, arañas y apliques en gran profusión. Cariátides y ángeles sostienen nuevos candelabros. Las estatuas y bustos romanos, en ricos pedestales, dan guardia de honor a este gran salón, que nuestra imaginación llena en seguida, figurándonos bajo los frescos de los techos, con grupos y figuras alegóricas, la belleza de las damas y los uniformes de los caballeros danzando al son de las orquestas en una de aquellas fiestas que hicieron famosa la magnificencia de los marqueses de Cerralbo.

Este salón de baile nos habla de épocas que hoy parecen lejanas y que no lo son tanto. Nos vamos con la impresión de un mundo maravilloso que pasó, aunque en este caso, nos queda el consuelo —que no siempre existe— de verlo tal como fué en su propio ambiente. He aquí un material precioso para historiadores, novelistas, artistas de todo género, especialistas, aficionados, poetas. Ahora que la voluntad de un hombre y la del Estado dieron sus frutos, hay que esperar que los dé la investigación.



EL ARTE EN LOS JARDINES DE ESPAÑA

ESPAÑA, el país de más inagotable diversidad, une a la que podíamos llamar «riqueza extática» de sus museos y de sus monumentos la riqueza animada y viva de sus jardines. Acaso el tópico con que tantas veces se quiso encasillar superficialmente a nuestro país ha ocultado ciertas peculiaridades y ciertos matices de nuestra geografía. Se ha visto casi siempre a España como tierra de meseta y sequedad, de adustez y montaña. Y si se ha hablado de sus jardines, éstos han sido limitados sólo a Andalucía y Levante, tradicionales tierras de flor. Mas la verdad es que España —meseta, ciertamente, pero a la vez valle; montaña, pero también remanso— cuenta con jardines en todas sus regiones. Tierra de eternos contrastes, de paradojas maravillosas, este «paraíso de Dios» cantado por el Rey Sabio ofrece bajo un mismo cielo las realidades geográficas más diferentes y aun opuestas: el sol y la lluvia, el acantilado y la playa, la nieve y la tibieza, el picacho y la llanura, la estepa y el valle. Santiago de Compostela —lluvia y melancolía— y Sevilla —sol y canción—. El Cantábri-



En Granada —«agua oculta que llora», según el verso de Manuel Machado— los jardines tienen siempre el musical acompañamiento de los surtidores.



Los cipreses, adorno esencial de los jardines.



En muchos jardines españoles destaca, sobre el verde del paisaje, la blancura de unos mármoles antiguos.



Un rincón del barrio sevillano de Santa Cruz.

co, fuerte y dramático, y el Mediterráneo, lleno de gracias y suavidades. Y cerca de todo ello —de la meseta, de la montaña, de la nieve—, el jardín: el eterno jardín de España, sueño de viajeros románticos, prodigio de color y de intimidad, silencioso y sosegado abrigo entre la prisa y la prosa de la vida de hoy.

Los jardines son parte sustancial de la riqueza artística española, como los viejos monumentos, como los museos, como las murallas de las antiguas ciudades. No podían, en consecuencia, quedar ausentes de la acción tutelar del Estado hacia cuanto es expresión de nuestro arte. Además, esos jardines nuestros son los más antiguos que en Europa existen. Canta, por ejemplo, una excepcional emoción de siglos en los jardines de la Alhambra y el Generalife, en ese dédalo de avenidas y rincones, en ese juego de penumbras y surtidores que fueron deslumbramiento y pasión de viajeros llegados desde los más lejanos lugares del mundo. El poeta Francisco Villaespesa llevó muchas veces a sus versos la recóndita armonía de los jardines andaluces, y el músico Manuel de Falla hizo vibrar en su creación lírica el encanto de las noches en los jardines de España. Cuanto en éstos hay de poesía y de intimidad, de gracia evocadora y de romántico sosiego, ha sido cantado por escritores de todo tiempo: desde los poetas árabes que se extasiaban con sus propias realizaciones hasta los que hoy hacen quintaesencia de sutilezas y matices en torno al prodigio floral de un jardín.

La tutela del Estado, tan marcada en la atención a los museos y los monumentos de arte, se ha extendido también a la españolísima riqueza de los jardines. Y así, de éstos —innumerables en toda España— declara «jardines artísticos», para colocarlos bajo su protección, a los que ofrecen mejores condiciones de belleza, a los más ricos en tradición, en historia y en hermosura. Naturalmente, los andaluces figuran en la primera línea de todos ellos: los Jardines de la Alhambra, del Generalife y de los Mártires, en Granada; los del Alcázar, en Sevilla; los de la Concepción, en Málaga; los de la Casa del Rey Moro, en Ronda. Más a Oriente, en tierra levantina, han sido también declarados Jardines Ar-



tísticos los de Monforte, en Valencia, y el espléndido palmeral del Huerto del Cura, en Elche.

Castilla, tierra tradicional de meseta y sequedad, ofrece, sin embargo, algunos de los más bellos jardines españoles. Madrid, por ejemplo, cuenta con el Parque del Retiro, el Jardín Botánico, la Quinta de la Fuente del Berro, el Campo del Moro y la Alameda de Osuna. En Aranjuez —verde oasis en el amarillo páramo castellano— el arte de la jardinería presenta algunas de sus más primosas creaciones en los Jardines de la Isla y del Príncipe. En El Pardo están los del Palacio, los del Príncipe, de la Quinta y de la Zarzuela. Y en El Escorial, los del Monasterio, de la Casita de Arriba y de la Casita del Príncipe. Como se ve, Madrid y su provincia constituyen uno de los más completos exponentes del jardín español. En Castilla también el viajero encuentra otra de las mejores muestras de nuestros Jardines: la Granja, con la ordenación geométrica de sus recortados macizos, con la gracia multicolor de sus flores y con la alegría de sus juegos de agua.

Han sido también declarados Jardines Artísticos por el Estado los de la Abadía, en Cáceres, y los de la casa llamada «El Bosque», en la villa salmantina de Béjar. Más al Norte, en uno y otro extremo de la línea septentrional española, se ofrecen al viajero, en Occidente, los Jardines de Padrón, en la provincia de la Coruña, y los de San Carlos, en la capital de esta provincia; y, en Oriente, el bellissimo Parque de la Dehesa, en Gerona. Todo el contorno español, así, aparece esmaltado por jardines de extraordinaria belleza, aparte, naturalmente, de los jardines menores, entre los que hay algunos muy bellos también. El culto y el amor de la flor son en el español como un instinto, como una condición natural en él, como algo inseparable de su propia personalidad. Hay regiones enteras —Sevilla, Granada, Málaga, Valencia, Murcia...— en las que la flor es cultivada y amada apasionadamente. Se explica así el lujo floral de las fiestas de primavera en estas ciudades. Adornos, batallas de flores, alardes decorativos, riqueza en los pasos de Semana Santa, alegría en bal-



Un jardín andaluz, con palmeras como símbolo meridional y elemento decorativo.



Otro ejemplo de la jardinería española, tan celosamente cuidada y atendida por el Estado.

cones, hogares y casetas... En todo ello la flor es elemento esencial. Por ello, por el entrañable amor del español hacia la flor, el jardín se ha convertido en una expresión más de nuestro espíritu artístico, como la canción y como el baile. Conservarlo, cuidarlo como a todo lo que está ligado a nuestra personalidad geográfica, histórica y espiritual, la misión del Estado, que éste viene cumpliendo celosamente.



LA FIESTA DEL LIBRO

EN el Ateneo de Madrid fué inaugurada el día 23 de abril la exposición de «Los cincuenta libros mejor editados del año», organizada por el Instituto Nacional del Libro Español, en colaboración con la Dirección General de Propaganda.

Asistieron al acto, entre otras personalidades, el presidente del Ateneo y director general de Propaganda, don Pedro Rocamora, y el director del Instituto Nacional del Libro, don Julián Pe-martín.

En dicho acto, el jefe de la Sección de Ordenación Bibliográfica del Instituto Nacional del Libro, don Miguel Herrero, pronunció las siguientes palabras:

«Otra vez nos encontramos en torno a unos bellos libros que nimban la cabeza de Cervantes, en el día del aniversario de su muerte. Otra vez el Ateneo de Madrid se enorgullece de acoger los cincuenta libros que el I. N. L. E. ha seleccionado como lo mejor editado en España durante el año 1950, para ofrecerlos en exposición sencilla y recoleta al examen y a la fruición de los amantes del libro. Y esto, en el día conmemorativo del autor del

Quijote, que coincide precisamente con la fiesta litúrgica de San Jorge, el caballero que mató al dragón para dar libertad a la doncella opresa y aherrrojada en las tinieblas de un castillo.

Todo este complejo de fechas, imágenes, sugerencias que en nuestro espíritu trenzan tenue e impalpable la danza de la emoción, es el más propicio clima para contemplar libros y libros españoles, cuya data al pie de su portada, 1950, garantiza que ellos, como San Jorge, y como don Quijote, vibran su lanza en pro de la virtud y del bien, y salen al mundo a derrocar gigantes y monstruos, para redimir de las tinieblas del error y de la ignorancia la verdad que hace libres a los hombres.

Perdonadme una efusión, de esas que sólo se permiten en familia, y se hacen en el tono más cordial y sincero.

El concurso anual de los cincuenta libros mejor editados, que desde hace tres años viene organizando el I. N. L. E., no tiene en consideración para galadornar un libro y colocarlo en su honorosísimo elenco, más que a los factores de índole industrial y artística, dentro de las cánones estéticos de las artes gráficas. Pero, ¡qué lástima sería, qué lamentable sería, que en la belleza y claridad de los tipos, en la albura patinada de las páginas, entre las curvas graciosas del lápiz del dibujante o del punzón del grabador, se albergue el aspid venenoso que, escondido en la esmeralda del césped, mató a la ingenua Eurídice!

Estos libros son bellos; pero lo más bello es que el estuche corresponde a su contenido, donde no hay que temer mordeduras venenosas, gracias al régimen político de España, que, abjurando del agnosticismo liberal, tiene credo y syllabus de principios religiosos y morales, por cuya integridad vela como vela por la integridad material del territorio patrio.

Estos libros son bellos con belleza integral, por fuera y por dentro, a los ojos de la cara, a la inteligencia y al corazón, gracias al Estado; *gracias* que no debemos regatear ni paliar los que somos padres, y educadores y católicos, o simplemente amantes del orden de la moral, base insustituible de la Patria.

Esta juventud que nos oye no ha oído, por suerte suya, aque-



llos días del dervich, cuando el libro, como caja oropelada y pintarrajeada, guardaba fríos y asquerosos reptiles. Nosotros sí los recordamos con horror y pedimos a Dios que no vuelvan jamás sobre España.

La misma franqueza con que alabamos al Estado y le reconocemos los beneficios que en el orden intelectual proporciona a la juventud en formación, nos autoriza a pedirle protección a la industria del libro. Necesitamos maquinaria, necesitamos utensilios modernos de estampación, necesitamos telas y oros para la encuadernación. El gran paso está dado: ya tenemos la verdad; la hemos rescatado del dominio del dragón; hagamos lo que menos cuesta y vale; vistámosla de las galas y atavíos que la hagan amable al mundo.

Rogamos al señor director general, que nos hace el honor de presidir este acto, don Pedro Rocamora, que transmita estos votos al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, en cuyo ánimo estamos seguros hallarán eco nuestros deseos.»



VENTANA
AL MUNDO

HOMENAJE DE BOLIVIA A ESPAÑA

Los Ministros de Asuntos Exteriores y
Educación Nacional españoles, reciben
la más alta condecoración boliviana

EN la Embajada de Bolivia se celebró el día 27 de abril el acto de la imposición de la Gran Cruz del Cóndor de los Andes a los Ministros de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, y de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín. En dicho acto, el Embajador de Bolivia, Dr. Hertzog, pronunció un cálido discurso de elogio a España y a la política desarrollada bajo la inspiración del Caudillo Franco. Dijo que el triunfo de España se debía a dos fuerzas que habían sabido luchar contra la incomprensión y las consignas rojas con extraordinaria eficacia: el equipo de colaboradores del Generalísimo Franco y la serenidad del pueblo español. Calificó a España de Patria de Patrias y tuvo un cálido y fervoroso elogio para la labor desarrollada por el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, eficazmente secundado por sus colaboradores del palacio de Santa Cruz.

Calificó de admirable esta gestión que, en seis largos años de aislamiento, no ha tenido ni una expresión agría, ni una frase fuerte contra nadie y sólo se ha limitado a mantener la razón de España



con la fuerza irrefragable de la lógica. Subraya que con razón el Ministro había podido decir que los funcionarios de Asuntos Exteriores se habían mostrado durante esos seis años como los más flemáticos de los españoles. El señor Martín Artajo ha conquistado para España muchos más amigos. Dice que este homenaje es la expresión de la amistad del Gobierno y del pueblo bolivianos por España, por lo que, en nombre del Presidente de la República, se honra con imponer las insignias de la Gran Cruz del Cóndor de los Andes al Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo.

A continuación se refiere a la labor cultural intensísima que en doce años ha realizado el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, para la que tiene fervidos elogios. Dice que el hecho solo de la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas con sus ocho Patronatos y múltiples Institutos, es algo de extraordinaria importancia para la investigación, donde se ha facilitado un hogar para todos los científicos. Se refiere a la obra del señor Ibáñez Martín en la reforma de la docencia, tiene un elogio para la ley reguladora de la Universidad española y subraya la importancia de la creación de los Colegios Mayores y la Ley de Protección Escolar, que pone los recursos precisos en posesión de las inteligencias privilegiadas, aunque éstas sean pobres, para que no quede ninguna sin aprovechar. Alude a la creación de las nuevas 30.000 escuelas que permitirán que el nivel cultural de España se eleve extraordinariamente y no quede ninguna inteligencia sin aprovechar. La Gran Cruz que se concede al señor Ibáñez Martín premia una labor cultural excelsa, la protección que ha dispensado al intercambio cultural hispanoboliviano y a los estudiantes y profesores bolivianos que cursan estudios de ampliación en España.

Finalmente, el señor Hertzog tuvo cálidos elogios para la labor de acercamiento cultural, espiritual y comercial en que han colaborado los señores Sánchez Bella, De Erice y Díaz de Isasi, en premio de la cual, su Gobierno, les ha concedido el grado de grandes oficiales de la Orden del Cóndor.



Excmo. Sr. D. Alberto Martín Artajo, Ministro de Asuntos Exteriores.

Palabras del Ministro de Asuntos Exteriores

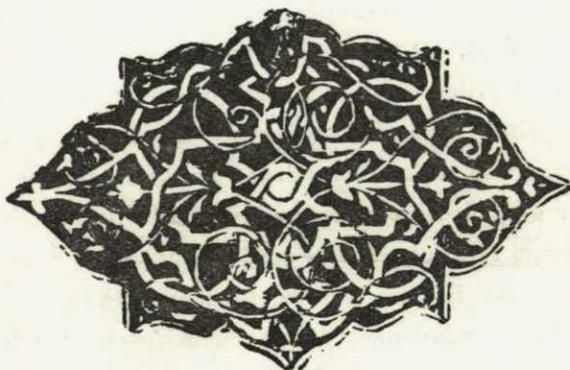
En nombre de los homenajeados contestó a las palabras del Embajador de Bolivia el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, quien expresó su gratitud por la distinción que les había concedido el Presidente de la República boliviana. Consideraba el agasajo como tributado a España y al Generalísimo Franco, cuyo triunfo con tanto acierto ha señalado el Embajador de Bolivia, y que se debe no tanto al equipo de colaboradores cuanto al Generalísimo Franco y al pueblo español, así como a los buenos amigos de España que, como Bolivia —sin hacer de más a otros queridos países hispanoamericanos y amigos cuyos representantes figuran en este acto—, han colaborado en el mismo.

De este triunfo ha surgido una cosa clara: la comunidad de los pueblos hispánicos. Recuerda que fué el actual Embajador de Bolivia en Madrid, Dr. Hertzog, quien siendo Presidente de su país restableció primero las relaciones diplomáticas con España y envió como primer ministro al señor Lazcano Soruco, y ha querido la suerte que este último Presidente de la República boliviana venga a ser después el primer embajador de Bolivia en España. Se refiere luego el Ministro a la cordialidad de las relaciones que unen a Bolivia con España, a la colaboración que en el orden espiritual y cultural mantienen, y que inclusive en el orden de las relaciones comerciales se ha multiplicado el volumen de los intercambios entre los dos países. España ha prestado su colaboración a Bolivia en el orden universitario, contribuyó a la reconstrucción de la ciudad de Sucre con arquitectos españoles.

Agrega que en el orden político donde esté Bolivia estará España y donde esté España estará Bolivia. Finaliza dando las gracias a quienes han trabajado por esta comunidad de pueblos, de la que es vehículo un mismo idioma y un mismo espíritu: el Hispanismo, que es un modo de concebir la vida. «Hispanismo —dice— es humanismo, porque es cristiandad y hace posible ejemplos de cordialidad y de amistad como el que hoy celebramos.»

«Obliga mucho, señor Embajador, el honor que nos habéis concedido de esta Orden del Cóndor de los Andes. Debemos desear que nuestras aspiraciones ideales sean tan levantadas como las cumbres de los Andes», terminó diciendo el señor Martín Artajo.

Con el Embajador de Bolivia hicieron los honores a los asistentes su hija, la señorita Hertzog; el Ministro Consejero de la Embajada, Dr. Desiderio Rivera; el agregado militar, coronel Ríos, y el agregado cultural, monseñor José Buenaventura Blanco.



LAS PUBLICACIONES OFICIALES DE NORTEAMERICA DONADAS AL C. S. DE I. C.

Hizo la ofrenda el embajador Mr. Stanton Griffis y pronunció un discurso el ministro de Educación Sr. Ibáñez Martín

POR mediación de su Embajador en Madrid, Mr. Stanton Griffis, el Gobierno norteamericano ha hecho donación al Consejo Superior de Investigaciones Científicas de las publicaciones oficiales de los Estados Unidos de América correspondientes al año 1950. Las publicaciones quedaron expuestas en la biblioteca general del Consejo, y al acto de entrega, celebrado en la mañana del día 9 del mes de mayo, asistieron con el representante norteamericano, el Ministro de Educación Nacional, Nuncio de Su Santidad, Subsecretario del Departamento y personalidades.

Pronunció unas palabras el bibliotecario del Consejo, señor Tortajada, quien afirmó que «en este mismo lugar, hace aproximadamente tres años, se celebraba una selecta Exposición de libros, publicados por las Universidades de los Estados Unidos de América; después de haber figurado dichos libros en otras Exposiciones análogas, habidas en países extranjeros, han vuelto casi todos ellos al propio lugar de su primera exhibición, y aquí están ya desde hace algún tiempo, en los estantes de la Biblioteca general, para uso de los lectores y testimonio perenne del gesto generoso del



Gobierno de los Estados Unidos y de su Embajada en Madrid, que patrocinó aquella magnífica Exposición.»

Habló luego de las aportaciones prestadas por Norteamérica en la actualidad al mundo de la cultura, y continuó: «España, que ha sido siempre generosa y ha sabido inmolar en tantas ocasiones hasta su propia grandeza en aras del bienestar de los demás, comprende perfectamente la misión que la Historia señala hoy al gran pueblo norteamericano, y al tener aquí presente a su digno representante, le destaca y le enaltece porque le satisface encontrar en el nuevo Continente, hacia el cual tiende por natural afecto su mirada, otra nación de espíritu tan análogo al suyo, que le hermana con los demás pueblos de su sangre y de su raza, que allende los mares, en un día venturoso, con su historia misma proyectaba como focos permanentes de cultura y para honra y gloria de España.»

«El Consejo viene desempeñando desde su fundación una sistemática ordenación del intercambio bibliográfico con los pueblos más representativos de la cultura internacional, y esta Exposición no sólo tiene por objeto dar a conocer a los intelectuales españoles, a los especialistas y al público en general toda la gama y variedad de las publicaciones del Gobierno americano, sino que se celebra también como un natural desarrollo de la obra de intercambio que el propio Consejo realiza.»

«Quiero ya terminar dando gracias a la Casa Americana por el interés que ha tomado en el éxito y buena organización de esta Exposición; difícilmente se podrá olvidar en esta Biblioteca al director de la Casa Americana, Mr. Fisher, como igualmente al bibliotecario de la misma, Mr. Haydgood, que con tanto celo como competencia ha dirigido todos los trabajos de esta singular y grandiosa Exposición. Sin embargo, en una sola persona se concentra toda la buena voluntad y empeño de que esta Exposición fomentará la franca cordialidad de nuestras relaciones internacionales. Me refiero al señor Embajador, Mr. Griffis; permitidme, pues, que por ello termine expresándole nuestro sincero reconocimiento de gratitud.»

Discurso del Ministro de Educación Nacional

A continuación, el Ministro de Educación Nacional pronunció un breve discurso, en el que puso de relieve cómo una vez más los Estados Unidos de América y España dialogan en una zona que, después de la religiosa, es la más importante en el orden espiritual: la zona de la cultura. Los pueblos —dijo— pueden vincularse entre sí por ese conjunto de intereses materiales que constituyen el legado de toda su vida, pero por mucha importancia que demos a los problemas económicos, si ellos no tienen como soporte el espíritu, para nada servirían nuestras relaciones.

Destacó seguidamente la extraordinaria vitalidad del pueblo norteamericano y su esfuerzo gigantesco en todos los ámbitos de la cultura y de la investigación y subrayó su coincidencia en este orden de cosas con la España de Franco, que, en la medida de sus posibilidades, se preocupa por la investigación científica y por los centros de cultura en todos sus grados.

Agradeció al Embajador los libros entregados y su asistencia al acto inaugural de su Exposición, y terminó haciendo votos por la felicidad de los Estados Unidos y por la intensificación de las relaciones espirituales y culturales entre este país y España.

Palabras de Mr. Stanton Griffis

El Embajador pronunció unas palabras, exponiendo que las obras expuestas son un regalo de la Biblioteca del Congreso, de Wáshington, a la Biblioteca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, representando, al mismo tiempo, una selección de las publicaciones más importantes de la Oficina de Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos desde mayo de 1949 a mayo de 1950. La labor de esta Oficina de Imprenta es muy amplia, ya que cada año edita cerca de 200 millones de ejemplares de publicaciones. Hizo resaltar el Embajador en su breve discurso el hecho de que

el intercambio de publicaciones oficiales entre los Gobiernos es un factor esencial para el desarrollo de la ciencia y el saber, citando a este respecto algunos ejemplos demostrativos.

Añadió el Embajador que «a medida que los lazos entre los países se van haciendo más amistosos e íntimos, pierden progresivamente su aspecto de relaciones puramente gubernamentales y florecen en innumerables contactos amistosos entre los mismos pueblos.» Expresó la esperanza de que estos documentos sirvan para dar a conocer en España la amplitud y variedad de las publicaciones del Gobierno americano.





NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS

“SEGUNDA VIDA”, por FEDERICO
SOPEÑA.

Al hilo de nuestra lectura, vamos subrayando en «Segunda vida», libro reciente de Federico Sopena, las frases que, por uno u otro motivo, nos merecen especial atención: «Este pequeño libro quiere ser tierno, sencillo, fácil, amigo... Es el libro de mi vuelta.» «Creen que los «tardíos» no tienen más espuela que el desengaño, y buscan y rebuscan con odiosa e impertinente curiosidad, causas pequeñas para componer una teoría romántica del adiós.» «Estos que llegan al Colegio de Santiago han escogido su amor y vienen empujados por él; un amor total, definitivo, alegrísimo.» «No hay un solo «tardío» que no sueñe con la vida de comunidad, y no para ahora nada más, sino también para el día futuro.» «Gran descubrimiento para nosotros, los «tardíos», el de la soledad...» Y así, subrayando, aquí o allá, hasta el final: «Dios lo sabe. Pero bueno es que ahora nos enseñe a vivir quijotesca-mente la gran aventura de la fe en las Misiones.»

He aquí una especie de nueva «Confesión de un hijo del siglo», sólo que aquella otra correspondía al XIX, bajo el signo de un romanticismo, en el que «L'espoir en Dieu», por tratarse de una vaga inclinación, no bastaba a contrapesar el general descreimiento. La confesión de Federico Sopena es la propia del muchacho universitario e intelectual, que se ordena de sacerdote con absoluta fidelidad a una llamada interior que tantos otros de su gene-

ración han escuchado, y no sólo por obra de una sensibilidad determinada, sino también absorbida por una inteligencia consciente de la suma trascendencia de su misión. El fenómeno de este viraje de muchos y valiosos jóvenes hacia el ministerio sacerdotal es característico del angustioso tiempo presente, y de esta manera el libro de Federico Sopeña contribuye a explicar el múltiple caso de las vocaciones tardías. Tardías, pero ciertas, podríamos decir, encabezando la oportuna relación con el nombre ilustre de don Manuel García Morente, evocado en «Segunda vida» con tanta fineza como profundidad, en virtud de ese acierto literario con que Federico Sopeña sugiere paisajes y figuras; escritor, al fin, con mucho de músico. Delicadas y eficaces insinuaciones hacen innecesarias más de una vez la directa expresión verbal.

«Cartas a Carlos», tendidas a modo de cable salvador; «Diario común», voz coreada, como si la confidencia hallase, sin perder intimidad, caja de resonancia, y «Ellos», animadas semblanzas de otros colegiales, con su humana pulsación, son las tres partes en que se distribuye el libro, ventana abierta a la conciencia de nuestro tiempo, en muy concretas localizaciones. Hacia dentro, el alma, precisamente, de Federico Sopeña; hacia fuera, la España de estos últimos veinte años, quebrada en variedad de perspectivas. Federico Sopeña, lector llevado de insaciable sed de cultura, se dolía de que no todos sus libros de cabecera tuviesen el signo de la Cruz, y llega a comprobar que «poetas como Claudel, músicos como Falla, escritores como Gheon» testimonian la asistencia del criterio católico a los avances en letras y artes. Diversas cuestiones que preocupan al individuo y a la sociedad actuales pasan por «Segunda vida» con el alado pie de fácil prosa y muy comunicativa doctrina.

“VERSOS”, por DULCE MARIA
LOYNÁZ, 1920-1938.—Tercera edición.—Talleres tipográficos Uguina
Madrid, 1950.

Esta voz de Dulce María Loynaz, delgada como una aurora de sonidos y colores, nos tiene acostumbrados ya a la presencia y gozo de su espiritual intimidad femenina. Los *Versos* de la poetisa cubana vienen impregnados de todos los temblores líricos, nacidos de un temperamento que pudiéramos llamar original, porque

todo es intacto y nuevo —puro— en su vuelo poético bajo el cielo de su ansiedad castamente ardiente.

«El beso que no te di
se me ha vuelto estrella dentro...
¡Quién lo pudiera tornar
—y en tu boca...— otra vez beso!»

¿No hay en estos versos —casi un cantar— un hábito intrasentido de sensualidad y espiritualidad? Creo que si tratáramos de definir —traducir en concepto— la esencia poética de Dulce María Loynaz se nos vendría a la boca esta sensualidad espiritual, tan paradójica como inefable, de su voz sincera y cálida. Su mensaje llega transido de vivencias transparentes, donde el culto a la belleza tiene su raíz en una bondad ontológica hacia todo lo creado. En este sentido pueden registrarse en sus *Versos* los más delicados atisbos de un panteísmo estético que aterciopela sus rimas y pule su espíritu hacia un más allá de música y amor, como si la poetisa se hallara arrobada en íntimos paraísos de ternura.

El mundo poético de Dulce María Loynaz se nos ofrece como un panal de miel, donde lo puramente geométrico y abstracto de su estructura queda invadido por la efusión cadente y dulcísima de su alma de mujer. ¡Qué ejemplo su verbo para esas otras poetisas, torturadas por un falso intelectualismo, que exteriorizan la penuria de su sensibilidad con gárrulas palabras sin contenido emocional!

Dulce María tiene una voz predestinada. No sé qué entronque pudiera hallársele con las fuentes de su formación poética. Se adivina, más que se prueba, de dónde viene. Todo parece en ella tan espontáneo y sencillo como los fenómenos de la naturaleza. Ni siquiera sus versos pueden calificarse de perfectos, y, sin embargo, embriagan con su dulzor. Tiene breves poemas que, entre el impresionismo y el simbolismo, se nos quedan adentro, como estrellitas de plata claveteando una noche serena.

«Una palabra, sólo una palabra:
y de pronto la vida se me llenó de luz.»

En estos dos versos, he aquí la redonda estructura de un poema. No hay que añadirle nada, nada hay que quitarle. El número

ha encontrado en la apenas expresión verbal un océano de sensaciones, de ensueños, de ultratelúricas realidades.

Ya se había dicho que la verdadera poesía carece de crítica posible. En esta gran poetisa lo racional, lo lógico, queda tan a ras de tierra, que apenas lo sentimos palpar entre el vuelo mágico de la imagen. Si nos pusiéramos a examinar sus elementos líricos, nos veríamos perplejos para admitir un principio de fidelidad a fórmulas ya establecidas. Lo extraordinario de esta poetisa es que sólo se explica por ella misma. Posee, por lo demás, el don maravilloso de la comunicación. La poesía, sin dejar de estar clausurada en lo más recóndito del espíritu, sabe llegar como una onda luminosa al espíritu del lector, que queda ya tocado por su lumbre y por su vislumbre. Nada hay en su creación que no cante externamente la gloria de su númen creador, tal como los cielos cantan y cuentan la gloria de Dios. Nada de sutiles criptografías y todo de sutiles embriagueces comunicativas.

Dulce María Loynaz edita por tercera vez sus *Versos*. Y los edita en Madrid desde su remota Cuba, para darnos mejor la fidelidad de su presencia, que, cuando hace unos años fué personal, acertó a dejar aquí una siembra de admiraciones y afectos.

La autora de esos poemas como la «Oda a la Virgen María», «La oración de la rosa», «El pequeño contrahecho», «Coloquio con la niña que no habla» y «Canto a la mujer estéril» está, sencillamente, fuera de toda fácil clasificación. En la escala angélica caben distintos órdenes jerárquicos, pero todos son espíritus puros. Así con Dulce María Loynaz: cualquiera que sea la clasificación que se intente, siempre nos hallaremos con una auténtica, fragante, transparente y viva poesía.

LOPE MATEO

"CINCO MINUTOS INOLVIDABLES",

por ANGEL SAGARDÍA. — Madrid, 1950.

En el pentágono de la más bella y alegre música del siglo XIX es difícil hallar cinco notas, cinco músicos, cuyos nombres merezcan del modo más adecuado ese inolvidable, tras el que Angel Sagardía nos ha colocado las figuras egregias de Bretón, Barbieri, Chapí, Granados y Albéniz.

Es toda una música de un tiempo pasado, pero una música tan joven y tan viva en estos días la que resulta al conjuro de sus nombres, tan pujante y fresca como lo estaba en aquellas jornadas de alegre vivir en que ellos la llevaron al papel pautado.

Decir a estas alturas de la gracia y la grandeza, de la belleza y el encanto musical de las obras grandes y chicas de Bretón, Chapí, Barbieri, Albéniz y Granados, no sería otra cosa que reiteración, no sería sino descubrir Mediterráneos.

Angel Sagardía, hombre sencillo, que sabe, y bien, muchas cosas de la música, ha compuesto ahora, y con ocasión de los recientes centenarios de nacimiento de don Tomás Bretón y don Ruperto Chapí, las biografías de estos maestros y aquellas otras de las figuras musicales cuyos nombres más arriba quedan reseñados. Son chicas biografías en las que la brevedad no quita ningún encanto al perfume de la anécdota y de la fina interpretación que hay en torno de cada uno de los biografiados. Escenarios con aire antiguo, con encantadora nostalgia, con personajes con avasalladora simpatía ellos, con belleza que deslumbra ellas. Todo el fin de siglo y todo el encantador comenzar del presente está en el librito de Sagardía. Hay también en él el gran ejemplo de trabajo y de fe de estos que fueron creadores maravillosos de tantas joyas del género chico, que bien merecería llamarse género grande.

Hay belleza en el vivir de los cinco maestros, de los cinco inolvidables hay sobre aquélla ejemplares enseñanzas, entusiasmo, y así es grato recordar sus existencias, pura delicia volver a vivirlas, esmaltadas de sucesos y de anécdotas.

Para los amantes del tiempo pasado, para los que gustan conocer las vidas de las gentes de otros tiempos, el librito de Angel Sagardía, escrito sin pretensiones con la pura y honesta modestia que le caracteriza, es un buen regalo. En él, en ocasiones, el periodista que no quiere datos y rigores profundos, encontrará un buen y eficaz auxiliar para su tarea.

Una edición sencilla y muy mona —permítasenos el giro tan poco literario de la palabra— dan una grata presentación a este tomito que suena en el oído como una mazurca o un vals de aquellos cinco inolvidables.

J. S.

**"EL BARROCO, ARTE DE LA CONTRARREFORMA
EN CUARTOM", por VERNER WEISBACH.**

El arte del Renacimiento, nacido de la copia directa de las ruinas clásicas que quedaban en pie en Roma, como el Coliseum romano, el Arco de Tito, había marchado *in crescendo* a todo lo largo del cuatrocientos, hasta culminar en una obra maestra: la grandiosa Basílica de San Pedro del Vaticano, a la cual copiaban todas las iglesias, catedrales y monasterios de la época. Al construirla decía el Bramante que quería poner la cúpula del panteón sobre la Basílica de San Pablo. Aquel arte era ciertamente grandioso, sublime, magnífico, pero era tildado de ser demasiado románico, paganizante, con una fuerza brutal y falta de sentimentalismo estético. El Vaticano, por el motivo de las indulgencias necesarias, contribuyó al movimiento humanista del Renacimiento, se desvía hasta tomar los caracteres heréticos de la Reforma, cuando a las órdenes de San Ignacio de Loyola se constituye la Compañía de Jesús para acabar con la lacra moral de la Reforma; dos tendencias se descuellan en la Iglesia de Cristo: de un lado, la mística; de otro, la ascética; aquélla representada por Santa Teresa, la mística doctora por antonomasia; ésta, por San Juan de la Cruz, el reformador del Carmelo; aquélla se extasía en la contemplación de la belleza divina; ésta, por el contrario, mira al dominio de los impulsos de la carne. San Ignacio es, ante todo, un asceta, y de aquélla surge el sentido espiritual que anima al arte barroco; de ésta surge el sentido de disciplina que informa la Compañía de Jesús. San Ignacio era, ante todo y sobre todo, un asceta, educado en la vida dura castrense de la milicia; es, más que un contemplativo, un general que dirige la batalla de sus soldados con decisión y energía; en sus Ejercicios Espirituales previene contra la tendencia mística de extasiarse únicamente ante la belleza de Dios, sin esforzarse en la lucha. Con él nace el barroco, que es, ante todo, el arte de la Contrarreforma; el estilo brota con un gran arquitecto, el Vignola, constructor de la iglesia del Gesu Central de la Compañía, a la cual imitan inmediatamente todas las iglesias del mundo, extendiéndose el estilo *urbis et orbis* rápidamente, al compás del auge progresivo de la Compañía fundada por el hidalgo de Loyola.

En España este estilo del Vignola se refleja inmediatamente en varios edificios del Alcázar de Carlos V, en Granada, en donde

Diego de Silos, seguidor de los modelos itálicos del Bramante, traza un patio redondo de colosal balaustrada sobre la cuadrada planta del edificio; se refleja en la magna Basílica de Loyola, construida sobre la torre que viera nacer al fundador de la Orden; se refleja asimismo en la más gigantesca mole de El Escorial, debida al Padre Sigüenza y a los arquitectos Juan Bautista y Herrera; responde asimismo a los cánones barrocos neoclásicos, ya en los tiempos comenzando la transición al barroco de Vignola y de la iglesia romana del Gesu. El Escorial, construido por Felipe II en memoria de la batalla de San Quintín, ganada el día de San Lorenzo. Felipe II traza la Basílica en la forma de la parrilla tradicional en que fuera quemado en Roma el santo mártir hispánico. Deseoso, sin duda, de construirse para sus últimos días un retiro análogo al Monasterio de Yuste, cuyas piedras fueron testigos de los últimos días del vencedor de Pavía. En El Escorial hay que distinguir cuatro partes fundamentales: la iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma; la sacristía, con sus célebres cuadros de Carreño; el monasterio, con sus magnos y valiosos códices e incunables, y la biblioteca y el palacio; en este punto, de acuerdo con la frase célebre: «Quiero hacer un palacio para Dios y una choza para mí», destaca lo humilde de la construcción palatina. ¡Cuán lejos estamos de los aguerridos castillos feudales, impotentes ante el adelanto de la artillería, inútiles; pero qué lejos estamos también de los frívolos y divertidos palacios de Versalles, llenos de músicas, favoritas y diversiones! El Escorial es austero, es grandioso, es sublime, es severo; nos maravilla por sus proporciones colosales, pero nos desagrada, al mismo tiempo, por su frialdad y por su sequedad excesiva, sobre todo por su falta de ornamentación en las fachadas y menosprecio por la escultura, que hace perder a la obra el valor que tiene por su grandiosidad imponente, aunque algún tanto sombría.

Mentira parece que aquel seco y severo arquitecto de El Escorial sea el introductor del estilo barroco en España en sus últimas construcciones, como la catedral de Valladolid y el Archivo de Indias sevillano, y la razón de tal contrasentido es sencilla. El Escorial es adusto, El Escorial es severo, no por la pobreza de los recursos, sino por la severidad y austeridad y economía del político que lo construyera; por ello Herrera, en realidad discípulo de Vignola por esencia, es el introductor del arte barroco en España.

Ahora bien: ¿Qué entendemos por arte barroco? ¿Cómo diferenciamos y en qué notas nos basamos para diferenciarlos? Verner Weisbach, en otros estudios que su pluma especializada en la materia y siempre docta y erudita, como en su grandiosa «Historia del Arte» de la Editorial Labor, responde acertadamente a esta pregunta, para el barroco contraponen, frente a la calma, el dinamismo, la exaltación. En realidad, el término barroco, al igual que la palabra ojival, es despectiva; lo barroco se caracteriza, se distingue de lo académico claramente; en efecto, para él lo clásico es estático, armonioso, sereno y magistral desde el punto de vista de la técnica; lo barroco es excesivo, sistemático y exagerado. Al tratar de conseguir los efectos literarios, es algo parecido a los contrastes que se notan entre la inmortalidad de la lengua de Cervantes y el estilo amanerado de los conceptismos o el culteranismo; Góngora y literatos posteriores, como Quevedo, con sus rebuscados efectos de palabras armoniosas y escogidas metáforas, giros, epítetos, hipérbolos y similares, sin conseguir deleitar al lector, como lo hará el estilo armónico, deleitoso y sereno de un Fray Luis de León.

En realidad, el barroco alcanza en Italia su apogeo con el Bernini, autor de la columnata de San Pedro de la Basílica de San Pedro del Vaticano. El Bernini, después del pontificado de Sixto V, se muestra como inigualable escultor, digno de colocarse a la altura de Praxiteles en el arte griego; sus grupos, como el de Apolo y Defnae, nos maravillan por su elegancia, por su finura, por su gracia acrisolada, por su joven alegría y elegancia incomparable. En otro grupo, «La transverberación de Santa Teresa», el ángel, con celestial finura, se dirige a una bellísima imagen de la Santa de Avila, que aparece envuelta en un manto finísimo labrado con sin igual maestría, donde se trabaja la técnica del vestido a la perfección, en que se trazan primorosamente los pliegues ondulantes de su vestido, hasta el punto de aparecer en éxtasis, flotando por los aires cual vaporosa nube, grupos que le convierten en uno de los mejores escultores de todas las épocas. Bernini no aparece, a pesar de haber superado a los Aníbal Carracci, magnífico; a pesar de su amaneramiento, parece haber influido en España; la Columnata de San Pedro quedó sin imitadores en época tal en que en España el barroco florece ciertamente con Crescencio, con la arquitectura de Theolocópuli, uno de los hijos del Greco, y de Juan Bautista; con las obras de Jiménez de Mora, autor

de la Plaza Mayor de Madrid, y con la magnífica fachada del Obratorio de la catedral de Santiago de Compostela, cuyas torres resultan verdaderamente magistrales, estrechándose a medida que ganan altura y rematan en un cuerpo taladrado con ventanales y, finalmente, en airosas cúpulas encima de las torres, desconocidas en el estilo neoclásico; es carácter fundamental y elemento propio del arte barroco. Y finalmente, con Herrera el Mozo, autor de la magna basílica del Pilar de Zaragoza, con gran número de cúpulas, multiplicadas en proporciones desconocidas para el académico arte neoclásico.

Por ello los autores hablan de distinguir dos estilos distintos: de un lado, el barroco, y de otro, el churrigueresco. Ahora bien, ¿cuáles son las características del arte barroco? Verner Weisbach lo ve agudamente, aun reconociendo que nuestra arquitectura barroca está casi inédita, en la tendencia a colocarse más alta que las naves los frontones de las portadas que ocupan la nave central; bajo ella, a rítmica distancia, otras naves laterales más bajas, pero que contribuyen a causar efecto estético; más abajo, escalinatas, las capillas laterales, las columnas se multiplican, la decoración se hace menos serena y más exaltada, las líneas rectas de los frontones pierden sus líneas rectas y se encorvan los frontones, se acentúan más en los bordes; finalmente, característica esencial del barroco, los frontones se parten y quedan sólo los bordes a ambos lados de la portada; en ella, en magníficos efectos que la ornamentación hace sobre el claroscuro, las mismas estatuas, rítmicamente situadas, contribuyendo a hacer efectos de perspectiva; la pintura y el mobiliario hacen tono con la arquitectura y contribuyen al efecto estático, así como los confesonarios, que unas veces se adelantan o atrasan, según las necesidades de la construcción. Por último, las escalinatas, magníficas y con robustas balaustradas, contribuyen al efecto de perspectiva del claroscuro, marchando del punto menos luminoso al más opaco, y el color del edificio sirve, finalmente, para destacar los miembros más acusados.

Finalmente, la arquitectura barroca aboca el estilo Borromini, con sus característicos frontones salientes de las fachadas y curvas, así como al empleo de los adornos en espiral y de columnas retorcidas, columnas salomónicas. Borromini florece con las escuelas en España con un gran arquitecto, Churriguera, que abusa de la ornamentación en las fachadas y retuerce inverosímilmente hasta la exageración en las figuras. Este estilo amanerado y decadente, ca-

racterístico por la columna salomónica, sin embargo da gracia a alguna fachada del arte palatino, como la del palacio del Marqués de Dos Aguas, de Valencia; pero, sin embargo, era obra a veces amanerada y con frecuencia de mal gusto.

Pero Verner Weisbach no se detiene sólo en el análisis de la arquitectura, sino que también entra en el estudio de la escultura de nuestros grandes imagineros, como Alonso Cano, Montañés o Pedro de Mena, con sus magníficas tallas policromadas, orgullo todavía de las procesiones de Semana Santa en Sevilla, en que culmina el policromado del arte afilegranado de nuestros magníficos imagineros del Siglo de Oro; así como de los pinceles incomparables de nuestros pintores barrocos, en donde culmina el arte hispánico, como los Ribalta y Ribera, discípulo del Caravaggio; las incomparables imágenes de Murillo, tan características de la Compañía, que sólo encuentra rival al pintar el candor e inocencia virginal de Nuestra Señora; en los dulces, pero deliciosos pinceles de Carlos Dolci o Guindo Reni, y, finalmente, de nuestros pintores ilustres del Museo del Prado, como el Greco, representante del ideal religioso en la pintura española; Velázquez, pintor del realismo objetivo; Zurbarán, el pincel de los pliegues magníficamente trazados de los hábitos eclesiásticos, y Ribera, el Caravaggio español, con sus fondos oscuros y escenas de martirios de santos, encontrados en estas magníficas figuras de mártires de tan magníficas perspectivas, con su adecuada ponderación y la proporción y contraste luminoso y su intenso colorido, en el que tantas veces figuran, como características del barroco, los éxtasis de santos macilentos por el rudo golpe de la disciplina, en cuyo análisis pictórico raya la obra en todo momento a la luz de la gran altura digna del autor, primera autoridad indiscutible en tan amena e interesante materia.

"EL PADRE CLARET", por PIO ZAVALA.

Un tomo en 4.º. — Editorial Labor.

La figura del Padre Claret es, sin duda, la que más destaca en medio del lodazal de pasiones, que es lo que vemos gobernar a España durante la casi totalidad del siglo XIX. Su juventud transcurre en el seminario, precisamente en aquellos momentos en que se encendían las crueles guerras civiles que entenebrecieron la primera mitad del siglo XIX. Desde Vich, donde está el seminario, comple-

tamente a merced de los parciales de Cea Bermúdez o de Cabrera, marcha en peregrinación, piadosa costumbre de nuestros antepasados, a Roma; regenta la parroquia de Sellent, funda la librería religiosa contra la voluminosa propaganda atea, más tarde el Colegio de Misioneros del Sagrado Corazón de María. Su indudable talento y sus sólidas virtudes le llevan a regentar la diócesis de Santiago de Cuba, en donde corrige los abusos de la venta de esclavos de los negreros y los lujuriosos amancebamientos y efectúa una importante labor misionera del apostolado; pero la revolución progresista del 54 le desatiende, le priva de medios, lo que no le impide comenzar una campaña contra la ignorancia de los curas, que remedia con la creación de un seminario, que le vale los elogios de Pío IX.

Luego tiene lugar la epidemia del cólera, y Claret es nombrado confesor de Isabel II, a pesar de la oposición de los ministros, lo que acepta con la condición de no vivir en Palacio, y accede ante las súplicas del Papa a que no renuncie; allí se dedica a dar adecuado destino a El Escorial, promoviendo los estudios teológicos. En laboriosidad contrasta con su abstinencia en los banquetes regios de Palacio; su influencia es acrecentada hasta tal punto que es escuchado e influye aún más que los ministros de la Reina, lo cual no deja de acarrearle serios disgustos cuando se plantea el problema del reconocimiento de Víctor II, que, merced a las bayonetas de Garibaldi, había forjado la unidad italiana. Claret se niega abiertamente a prestar dicho reconocimiento, con gran disgusto de los partidos izquierdistas y revolucionarios; igual campaña emprenden los obispos. El Padre Claret se marcha de Palacio, y la Reina, coaccionada por los ministros, firma, y como castigo divino es presa de una calentura.

Isabel II escribe al Papa para que aconseje al Padre Claret la vuelta a Palacio, por haberse visto obligada a él por la agitación. El Padre Claret va entonces a Roma en 1865; pero las aguas se arremolinan y el cielo se encapota, y entonces la agitación revolucionaria gana terreno por doquier, amargando los últimos años de Isabel II, la de los tristes destinos. Hay quien ve al Padre Claret en resplandores divinos, otros presencian curaciones milagrosas; por último, tiene la tristeza de presenciar la caída de la dinastía, después de la batalla de Alcolea, y de seguir a su Reina al destierro, y la alegría de asistir al Concilio del Vaticano donde se proclama el dogma de la infalibilidad pontificia.



Tal es la materia de este interesante libro, donde se narra la vida ejemplar del Padre Claret, perdida en el lodazal proceloso de las revoluciones liberales, que por sus virtudes recientemente acaba de ser ascendido a los altares.

La obra está en todo momento a la altura científica que el tema requiere y responde a la valía indudable e indiscutible mérito del autor, uno de nuestros más insignes historiógrafos, que trata la materia con toda erudición y la figura del nuevo taumaturgo con todo respeto para las enseñanzas infalibles de la Iglesia.

'PARQUES Y JARDINES', por GARCÍA MERCADAL.— Un tomo en 4.º mayor, 293 págs.— Afrodísio Aguado.— Madrid, 1949.

Un arquitecto del Ayuntamiento de Madrid, García Mercadal, lanza sobre un tema nuevo y original, el de nuestros deleitosos y amenos parques y jardines, un trabajo profundo, erudito y valioso sobre una materia que hasta los momentos actuales, en que brota y renace de nuevo con singular brío el interés sobre estos problemas, estaba abandonada y relegada al olvido en nuestra bibliografía hispánica, y aun casi inédita, a no ser por algunos trabajos que, como los de Noel Clarassó, marcaron los hitos y jalones para un posterior desarrollo de estas cuestiones por demás interesantes y amenas.

El autor, tal vez en su deseo de centrar su estudio sobre los jardines que más directamente han dejado marcadas sus huellas sobre los jardines hispánicos, pasa de largo los regulares jardines egipcios, llenos de figuras geométricas y trazados siempre con ritmo simétrico, como los renombrados parterres de Seminaris, en Egipto, así como los célebres jardines colgantes babilónicos, contruidos, al parecer, en terrenos cubiertos por el arbolado en forma de anfiteatro, y aun se cree que, al parecer, rodeado por murallas, y aun del jardín clásico, tanto en su modalidad helénica, en que, rodeado de soportales, regado por el dulce y suave agua de una noria, se enclavaba, según nos pinta con vivos colores la *Odissea*, en una llanura rodeada de ásperas montañas, como en su modalidad romana, que aprovechaban los abruptos terrenos itálicos para conseguir maravillosos efectos estéticos que les inspiraban los

opulentos patricios del Latium con sus estatuas, cascadas y escalinatas, paseos en talud, setos recortados y aun senderos cubiertos, y que, como los jardines de Mecenas en Tívoli, fueron centro de reunión de poetas tan afamados como Virgilio y Horacio.

En cambio, la obra se detiene en su análisis y traza con todo acierto y cuidado la materia relacionada con el jardín árabe, que tan profundas raíces ha dejado en nuestra patria, sobre todo en las ubérrimas campiñas andaluzas; son los afamados Riadhs marroquíes, de forma cuadrada, adornados por estanques y balaustradas y artísticos quioscos; estos deleitosos jardines causan en nuestro ánimo la idea de un oasis y han dejado huellas en nuestra península en los deleitosos cármenes granadinos, en los deliciosos jardines arábigo-españoles de Sevilla, con sus típicos cortijos enjalbegados en blanco, adornados con macetas, rejas, cancelas, azulejos y surtidores; el jardín se extiende dentro de un patio central del cortijo, y no tratan de aparentar grandeza al exterior, sino de ser un lugar de reposo y meditación, con sus deleitosos bancos fabricados de loseta, fuentes de azulejo, macetas y surtidores, y en las ventanas tiestos cuajados de claveles, que constituyen el estilo arábigo-español de los jardines, y que culminan en el dulce susurro de los incomparables jardines del Generalife de la Alhambra de Granada, en que las plácidas aguas caminan conducidas sabiamente por diestra mano de uno a otro estanque en maravilloso efecto de juego de aguas de inimitable sabor árabe.

Un polo opuesto, un sentido contrario, presentan los severos jardines monacales de los cristianos, verdaderos paraísos que inculcan en nuestro ánimo la calma, la dicha y la felicidad y una impresión de bienestar y una indecible sensación de alegría que siempre causa el árbol en nuestro interior. Estos parques están enclavados en medio de un claustro que los aísla de las miradas curiosas del exterior, y son lugares apropiados para el reposo y la meditación; en ellos se distinguen claramente dos escuelas, pues mientras en una Orden, el Císter, predomina la huerta sobre el jardín y contienen característicos pozos, que son a veces joyas arquitectónicas, tienen los parterres cerca de la villa, apartados del Norte y resguardados de los vientos fríos y del cierzo, y dan un carácter severo al jardín, pues no se aviene en verdad un edificio austero como un templo románico con un jardín juguetero y risueño. La otra escuela, representada también por otra Orden, los franciscanos, desdeñando la parte utilitaria, dan mayor importancia al jardín sobre la huerta.

Finalmente, los mismos castillos feudales, adustos y amenazadores, presentan a veces también deleitosos jardines, en los que vemos crecer la hiedra y aun las trepadoras, como en el histórico castillo de Olite, con grandes plazoleas y naranjos; a pesar de ser a veces las plazas fuertes, como Nápoles, expugnadas por Alfonso el Magnánimo, subiendo los guerreros al asalto encaramados en las trepadoras; muestra, sin duda, de cómo estas construcciones pierden su carácter antiguo de fortaleza para convertirse en mansiones nobiliarias, directo precedente del palacio renacentista.

Cuando en el mundo medieval irrumpen las auras del Cuatrocientos, al trazar sus jardines Lorenzo el Magnífico importara la flora de las incógnitas tierras descubiertas, tales como la violeta, el alhelí, el lirio y el nardo, los magnates renacentistas trazan sus jardines conforme a los cánones del jardín clásico y los modelos romanos, siempre dominando el paisaje o la llanura, colocando al frente de los jardines arquitectos, que siempre sitúan la villa en la parte más alta para que el efecto artístico no sea ocultado por la arboleda, y por la misma razón se pondrán en los calveros fuentes, monumentos y estatuas.

Se busca que las especies forestales escogidas no desentonen con el carácter del edificio; los árboles no deben quitar luces ni impedir el paso al mismo, y debe evitarse que disminuyan las magnitudes; al par que no debe sembrarse la confusión ni hacerse monótono, sino que se debe señalar por su diversidad de especies, el jardinero debe aprovechar los desniveles de terreno, conjugar las sombras con la luz, estudiar el efecto de los colores. Así, en el Renacimiento los jardines son trazados por los más renombrados arquitectos; el Bramante diseñará los amenos jardines del Bellvedere, mientras brotan dos escuelas, caracterizadas, la una, por agrupar las flores, y la otra, las plantas y árboles; en cuanto a los parterres, derivados etimológicamente del latín *par-terrae*, se colocan en sitios abrigados, cercanos a la villa, y nunca falta el cenador ni paseos y senderos, para causar efecto estético. Rafael, alrededor de las estancias de los jardines itálicos traza tres jardines: el primero cuadrado, el segundo redondo y el tercero elíptico, y en la parte baja sitúa escalinatas, fuentes y balaustradas; mientras aparecen los obeliscos, Vignola prodiga las glorietas, y el estilo se refleja en Francia en los artísticos jardines de Fontainebleau, caracterizados por su homogeneidad sus parterres, divididos con simétricos árboles, y el jardín se fragmenta en diversos planos, en que los arbustos bajos acentúan el relieve mientras el

musgo crece, produciendo un gran efecto artístico en las ventanas, y el dibujo de los parterres hace juego con el que anima las fachadas.

El jardín francés encuentra un gran constructor en Le Notre, que sigue a veces las normas y cánones de Vignola, que coloca las avenidas junto a los estanques de agua, y a su mismo borde estatuas y jarrones, mientras arbustos y árboles son emplazados a distancia. Sin embargo, Le Notre es creador de una escuela especial con sus amplias avenidas centrales, sus arcos de triunfo, setos recortados y muros de follaje y fuentes grandiosas y monumentales, preparadas por una gigantesca traída de aguas, que un sabio de la época colocara en surtidores de gran altura entre la mal contenida admiración de damiselas, petrimetros y cortesanos, y que hará exclamar al quinto de los Felipes la frase: «Tres millones me ha costado y tres minutos me divierte». El jardín francés es simétrico, regular, trazado sobre terreno llano, y trata de epatarnos con su suntuosidad y de producir un efecto de perspectiva de aparentar mayores dimensiones de las que verdaderamente tiene.

Ciertamente, la reacción contra el jardín francés comienza en el mismo siglo XVIII. En Inglaterra, los viajes coloniales, como los del capitán Cook, acercan el Lejano Oriente; Europa entra en relación con el Japón y admira sus jardines, en que todos los elementos del paisaje se agrupan en dimensiones reducidas, produciendo formas enanas; son paisajes que excitan a la meditación con sus bosques sumergidos en las aguas y sus caminos de piedras para caminar cómodamente los días de lluvia. Estos jardines influyen sobre los parques ingleses, que, obedeciendo a la ley estética de la copia del natural, no son una réplica al paisaje, sino una imitación al mismo; son los llamados jardines paisajistas, que hacen juego en el fondo con el mismo; es un jardín hecho por los pintores y no por los arquitectos, conteniendo maravillosos efectos de luz y de perspectiva, con líneas irregulares, paseos en zigzag, ríos formando meandros, estanques con bordes irregulares, lagos y cascadas, colinas artificiales y árboles rotos.

El autor, con grave daño para la materia, pasa de largo sobre los jardines alemanes, relacionados con los ingleses, llenos de simbolismo y con numerosos objetos instructivos para la agricultura, así como el Jardín holandés, forma de tablero de damas en el que los retorcidos de la arquitectura barroca y rococa del siglo XVIII se reflejan en setos y parterres. En cambio, se detiene

y centenares de artículos que por esta razón de su alto número no podemos citar.

Por ello y por el contento que siempre nos produce ponernos ante su prosa, hemos leído con singular satisfacción este librito —digo librito en razón de su tamaño— que es un encantador periplo por las hermosas tierras levantinas.

La emoción estética de Aunós ante ellas es muy grande, su relato es tan fiel, que nos creemos ser los viajeros de esos caminos y esas ciudades. Pensamos que somos los testigos de ciertas fiestas, o los contempladores en calma de tranquilos días, de melancólicas tardes.

Es una fina, una exacta y bella interpretación esta que don Eduardo Aunós ha realizado ahora en su «Peregrino de Levante» de una de las más hermosas regiones españolas.

El libro está también muy bellamente hecho desde el punto de vista tipográfico-artístico, habiendo sido llevada a cabo esta realización por Will Faber.

Un sólo reparo tiene el libro de Eduardo Aunós, y es que el goce de su lectura está únicamente destinado a sus amigos, ya que «Peregrino de Levante», sólo en edición de amigos, aparece ahora.

S.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 3 abril de 1951 por la que se dan normas para la celebración de la "Fiesta del Libro" del corriente año.

Ilmo. Sr.: En el capítulo primero, artículo segundo, grupo séptimo, concepto octavo, del vigente presupuesto existe un crédito de 10.000 pesetas para «Premios de los Concursos anuales de la Fiesta del Libro», que tradicionalmente viene celebrándose coincidiendo con la fecha de la muerte de Cervantes, para glorificar su obra inmortal y propagar al mismo tiempo la producción bibliográfica española y la labor cultural del «Servicio Nacional de Lectura».

En su virtud,

Este Ministerio ha tenido a bien disponer:

Artículo único.—El día 23 de los corrientes se celebrará en toda España la «Fiesta del Libro» con arreglo a las normas contenidas en los apartados a) y b) de la Orden ministerial de 14

de abril de 1947 (*Boletín Oficial del Estado* del día 17):

a) Con motivo de esta conmemoración el Ministerio de Educación Nacional concederá los siguientes premios:

1.º Uno de 500 pesetas para un artículo periodístico con el siguiente tema: «La lectura infantil» (en el cual se trate principalmente de su importancia, orientación y propagación), que se haya publicado en cualquier periódico de España desde el día de la aparición de esta Orden ministerial en el *Boletín Oficial del Estado* hasta treinta días después.

2.º Los restantes premios serán iguales a los que figuran en el punto segundo del apartado a) del artículo único de la Orden ministerial de 13 de abril de 1950 (*B. O. del E.* del 22), así como las condiciones y plazos para su concesión serán los mismos que se establecen en dicha Orden ministerial.

3.º Se cumplirá igualmente lo

